

LECCIÓN INAUGURAL
CURSO 2012-13

El Laberinto Universitario

JUAN MANUEL DE FARAMIÑÁN GILBERT



UNIVERSIDAD DE JAÉN

EL LABERINTO UNIVERSITARIO

*Lección inaugural pronunciada por el
Dr. D. Juan Manuel de Faramiñán Gilbert,
Catedrático de Derecho Internacional Público y Relaciones Internacionales
en el acto académico celebrado en el mes de octubre de 2012,
con ocasión de la solemne apertura del curso,
presidida por el Rector Magnífico
Prof. Dr. D. Manuel Parras Rosa*

JUAN MANUEL DE FARAMIÑÁN GILBERT

EL LABERINTO UNIVERSITARIO

2012



UNIVERSIDAD DE JAÉN

© Universidad de Jaén
© Autor

Publicaciones de la Universidad
Secretaría General
Universidad de Jaén

ISBN.
978-84-8439-649-9

Depósito Legal
J-1078-2012

Impreso por
Gráficas La Paz

Impreso en España

Printed in Spain

Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Jaén
Excmas. e Illmas. Autoridades
Miembros de la Comunidad Universitaria
Señoras y Señores

Proemio y Justificación

He aceptado la invitación a dictar esta Lección Inaugural, con sumo agrado y asumiendo el honor y la responsabilidad que representa dirigirme a la Comunidad universitaria. Tomé contacto con la Universidad en el año 1970 como alumno de la Facultad de Derecho de Granada e inmediatamente al terminar la licenciatura me integré en la universidad como profesor no numerario, luego de varios años de docencia, investigación y gestión en aquella Universidad, me trasladé como profesor titular a la Universidad de Jaén en el año 1993 y desde entonces no he dejado este Claustro de doctores y doctoras, de profesores y profesoras y demás miembros de la Comunidad universitaria, ya como catedrático de la misma desde 1998. Es decir, llevo más de cuarenta años dedicados por entero al ejercicio universitario y ha sido esta acumulación de años la que me ha hecho cavilar sobre el contenido de esta Lección inaugural.

He dado cientos de conferencias sobre los temas relacionados con mi especialidad, pero, me ha parecido más honesto no cansarles con disquisiciones para juristas y eruditos sobre el Derecho internacional,

el Derecho comunitario europeo, el Derecho del mar, el Derecho del espacio ultraterrestre o los Derechos humanos. Temas de estudio y trabajo científico que llevamos adelante en el Grupo de Investigación que tengo la satisfacción de dirigir desde hace ya muchos años. En cambio, permítanme reflexionar sobre un tema crucial para todos nosotros: ¿hacia dónde va la Universidad?

En momentos como los actuales, cuando la crisis nos atenaza con incertidumbres y preocupaciones, deduzco que los universitarios tenemos la obligación de recapacitar sobre el presente y futuro de nuestra institución. Entiendo que se trata de un deber moral y también de una restitución de lo que estas altas casas de estudio nos han dado, máxime cuando detrás nuestro vienen las nuevas generaciones que esperan de nosotros algo más que meras disertaciones al uso, es decir, que desde la experiencia podamos brindarles reflexiones de utilidad.

Por ello, he titulado estos pensamientos, que hoy voy a exponerles, *El laberinto universitario*, con el fin de no perdernos en los entresijos de los modos y las costumbres. Quiero hablar de la Universidad, de lo que a todos y a todas nos preocupa y pretendo hacerlo con sinceridad y sin tapujos, pues es mi intención que no nos extraviemos en el laberinto y finalmente seamos devorados, como en el mito griego, por el Minotauro que habita en sus entrañas.

No me debo a nada, o quizás, para ser justo, me debo a todos, pero ese todo en un conjunto indefinible y, por tanto, al cabo, me hace libre para decir lo que siento y pienso. No obstante, quiero agradecer, de manera general, a los colegas a quienes les he pasado este texto, para una visión primera, con el fin de estar seguro de no traspasar límites innecesarios en esta reflexión, más, sin embargo, hago mía toda la responsabilidad de lo que aquí expreso.

Vayan por delante mis excusas si el tono de alguna de mis reflexiones pueda resultaros áspero, en todo caso que nadie se sienta concernido, pues intento cavilar desde una perspectiva global, sin particularismos, sobre el modelo universitario en su conjunto.

Internémonos pues en el Laberinto, pero extendamos como Teseo el hilo que le proporciona Ariadna con el fin de no perder el camino de

regreso hacia la salida, una vez que hayamos conjurado al Minotauro de nuestras limitaciones. No tiene sentido que nos dediquemos a observar cómo la vida universitaria va perdiendo sus verdaderos objetivos como consecuencia de una crisis económica, de valores, de ilusiones y, sobre todo, por nuestra falta de reacción contra el declive para que no tengamos que recitar con Quevedo, “*miré los muros de la patria mía si un tiempo fuertes ya desmoronados, de la carrera de la edad cansados por quien caduca ya su valentía*”.

Me he preguntado, muchas veces, cuáles pueden ser los principales males que aquejan a la universidad y sin ánimo ni capacidad para ser exhaustivo, señalaría algunos de ellos que, entiendo, constituyen un lastre importante para la libertad de pensamiento que debería ser la estrella signífera de nuestra institución académica.

Así, por ejemplo, deberíamos aprender a decantar el agua de la leche como hace el ave *Kala Hamsa* de las tradiciones orientales, el trigo de la paja, quiero decir, detectar a los falsos representantes de la cultura universitaria, los sicofantas, los falsos profetas. Este ha sido uno de los grandes males de la universidad: nos hemos dejado llevar embelesados por los cantos de sirena, sin percatarnos de la deriva de nuestra nave hacia los acantilados de la vacuidad. Es el caso de la vanidad intelectual, de esa especie de adanismo académico que no tolera el pensamiento diverso, que sólo admite lo que por modas resulta correcto, no por la corrección de la prudencia, sino por lo que quiere que sea “lo correcto” el grupo dominante y, así, como en un péndulo caótico, vamos desplazando nuestras investigaciones según el vaivén que aplican, sobre nuestro velamen, los vientos de turno. Y qué decir de la hipocresía que permite encumbrar a los más incompetentes en la pasiva tolerancia de la estulticia, quienes con el fin de perpetuarse y defender sus puestos de poder, aplican la estigmatización de aquellos y aquellas que no *comulgan con ruedas de molino*, relegándoles al olvido, al ostracismo intelectual, en una especie de *damnatio memoriae*.

Estas no son más que muestras, sin duda, hay muchas más, pero como puede colegirse, estas referencias, bien conocidas por todos nosotros, son suficientes como para que le quitemos la ilusión a aquellos y aquellas que pretenden escalar por este Monte Carmelo; que si no fuese por los detractores de siempre, la institución universitaria podría ser realmente

un camino duro pero feraz y eficaz, *per aspera ad astra*, que a la postre nos llevase a ser mejores como universitarios y como seres humanos.

Se trata de un laberinto endiabrado dentro del cual deberíamos encontrar los atajos para llegar a superar las limitaciones que nos imponen quienes temen a la institución universitaria, en la medida que ésta pueda erigirse como la casa del pensamiento y de la crítica. Si, como pretendo demostrar, el hilo de Ariadna se compone de inteligencia e imaginación, deberíamos poder sortear los oscuros recodos de la incertidumbre con el fin de solventar las crisis en la que parece encontrarse nuestra institución. Me refiero a esa inteligencia que se nutre de la razón y de la capacidad de conocer, de tal modo que nos lleve hacia la búsqueda del conocimiento, la bondad y la belleza y que, a la manera de los clásicos helenos, nos esforcemos en alcanzar los arquetipos de las grandes ideas que habitan en el corazón del pensamiento.

SIGUIENDO EL HILO DE ARIADNA

Bien, entonces, penetremos en el Laberinto y veamos hasta dónde nos llevan nuestras reflexiones, sin olvidar, como apuntaba, ese ovillo que se teje con la inteligencia y con la imaginación para que ellas nos permitan salir del atolladero y logremos encontrar las soluciones que reclaman de nosotros las generaciones venideras; para que los de antaño sirvan de guía a los de hogaño.

Corren tiempos de gran incertidumbre, donde los intelectuales universitarios debemos hablar claro, sin que nos amilane una falsa prudencia, pues como decía Erasmo de Rotterdam, “*no hay mayor imprudencia que una prudencia inoportuna*”; y , por si se me califica de mordaz, me vuelvo a apoyar en Erasmo, cuando en su *Elogio de la locura*, dice: “*he de advertirles que en todas las épocas se ha concedido un margen bastante amplio de libertad al ingenio para que pueda burlarse de las cosas humanas, con tal que no se valga de ello para ofender o agraviar*”¹. Por tanto, digamos las cosas por su nombre, por el verdadero nombre de las cosas, no por el nombre fingido y obligado, sino por el nombre sencillo e incluso punzante que encierra la verdad no disimulada, pues como ha dicho Nicanor Parra, “*el poeta no cumple su palabra, si no cambia el nombre de las cosas*”.

Es así como, a fuerza de quimeras camufladas, nos han ido encerrando en el laberinto de las palabras y las cosas, de tal modo que a veces no atinamos a vislumbrar el camino de salida de tantos recodos y gestos aprendidos.

¹ Erasmo de Rotterdam, *El elogio de la locura*, ed. Planeta, Barcelona, 1987.

No estamos aquí para asumir mandatos, ni para bajar la cerviz ante las imposiciones oficiales, la Universidad debería ser la Casa de la cultura y la libertad y, sin embargo, el poder establecido nos constriñe a morar en el laberinto, a la espera de ser devorados por el Minotauro de la desilusión y el desencanto.

Me resisto a ello, tiene que haber un camino, un atajo que nos conduzca a la salida, pues, con inteligencia e intuición deberíamos aprender a vivir la antigua gesta de la liberación. Como el Teseo ático, nuestra inteligencia debería conducirnos por el laberinto de las sombras impuestas, por la negligencia y los poderes, para lograr conjurar el temor a la ignorancia y abatir al Minotauro, que devora las esperanzas de los jóvenes, pero, como en el mito griego, nuestra inteligencia debe ir acompañada por el hilo de Ariadna, que es el hilo de la intuición comprometida con nuestra voluntad de deshacer el entuerto.

Veamos, entonces, cuál es el hilo que debemos ir tirando para no perdernos en las sombras de un laberinto universitario que nos han impuesto, o mejor dicho, que hemos dejado que nos lo impongan, por esa complicidad inconsciente que aturde nuestras entendederas, dejándonos embriagar por la inercia de las cosas, de las palabras disfrazadas, por el tesón de la rutina y por olvidar que siempre estamos en condiciones de reaccionar.

EL ESPEJISMO ESPECTRAL DE LOS FALSOS PROFETAS

Si existen unas palabras que deberíamos cuidar con esmero serían las de docentes y discentes, es decir las que implican y acotan el magisterio que genera maestros y discípulos. Sin embargo, ante el deterioro de los tiempos que nos ha tocado vivir, estos términos se han ido contaminando y en lugar de maestros tenemos cabecillas y en el sitio de los discípulos tenemos arribistas. Estamos viviendo tiempos de sofismas y de sofistas que han logrado acorrallar a los doctos, estos que fueron capaces de hacer de la vida un ejemplo filosófico y que nos generan la nostalgia de un tiempo perdido que, día a día, se nos escapa por las alcantarillas del olvido.

Por el contrario, el buen magisterio es una acción inegoísta y placentera que brinda a los educandos el sencillo caudal de conocimiento que el educador ha ido acumulando a lo largo de su vida académica, por lo que deberíamos reconocer que la mejor biografía de un Maestro se escribe a través de las obras de sus discípulos.

Denostados están aquellos que predicán la recuperación de los modelos clásicos en los que se ha apoyado la búsqueda del conocimiento. Como apuntó Francisco Tomás y Valiente, en su discurso de investidura como Doctor honoris-*causa* de la Universidad de Salamanca, y con quien coincido plenamente, “*la Universidad es y debe seguir siendo muy tradicional, profundamente sospechosa y algo inútil*”².

No debería avergonzarnos reclamar el verdadero magisterio de los que más saben, pero un magisterio que no anide en palabras huérfanas sino en serena reflexión y en actos que reflejen con modestia el conocimiento que los inspira. Deberíamos huir de los “*eruditos a la violeta*”³ que nos encandilan con el espejismo espectral de unos conocimientos superficiales y vanos y no por acumulación de instrucciones que otorgan sabiduría, sino por la tendencia a generar flatos de vanidad, pero sin consistencia, donde se hinchan sin asimilar lo que degluten y como dice Séneca “*desde que han aparecido los falsos doctos, se echan en falta los buenos*”⁴.

Cuando las ciencias se enseñan con rectitud no pueden generar más que prudencia y honradez. De algún modo, la experiencia y el ejemplo individual, cuando se acumulan en el conjunto social, se convierten en un peso que inclina la balanza hacia la probidad que es el modelo de los que apuestan por la integridad de la institución universitaria. De lo contrario, como apunta Platón en *Las Leyes*, poniéndolo en boca del Ateniense “*cuando los malos tengan superioridad puede decirse con razón que*

² Citada por Francisco Sosa Wagner en *El Mito de la Autonomía Universitaria*, Editorial Thomson-Civitas, Cuadernos Civitas, Madrid, 2004.

³ José Cadalso, publicó *Los eruditos a la violeta* (en 1772), una sátira contra la inteligencia superficial.

⁴ Séneca, *Epístolas morales a Lucilio*, (95,13), Gredos, Madrid, 1986-1989 (“*Postquam docti prodierunt, boni desunt*”)

*el Estado es inferior a sí mismo y malo; y, por el contrario, que cuando están debajo, el Estado es bueno y superior a sí mismo*⁵.

Esta reflexión nos aboca a colegir que la Universidad es también una institución que encierra algo de Estado y de familia y por tanto, cuando en ella predominan los protervos, la Universidad entra en declive y violenta la naturaleza sobre la que fue construida y que, como nos recuerda el *Gaudeamus Igitur*, al ensalzar la *Academia*, reclama que ésta sea el crisol donde “*crezca la Verdad y florezca la Fraternidad*”⁶. Es, por tanto, la paz y la buena inteligencia de los ciudadanos lo que hace feliz a un Estado y es, con esas mismas mimbres, como la bondad y la inteligencia de los miembros de la comunidad universitaria hacen más gratificante la vida académica.

Como bien apunta Pestalozzi, “*el conocimiento humano comienza con la intuición sensible de las cosas*”⁷, quien, con clara influencia *rousseauiana*, consideraba que la educación debería basarse en una perspectiva natural y que la finalidad de la enseñanza no consistía sólo en adquirir conocimientos y aptitudes, sino en desarrollar las fuerzas de la inteligencia, para que los individuos pudiesen alcanzar un grado de conciencia que aunara la inteligencia con el sentimiento y la moralidad. De tal modo que la actividad educativa y docente sea vista como un “arte”, y no como se perfilan las tendencias actuales de la universidad, con la deriva hacia las idoneidades, las competencias y las destrezas, que tiene más de industria que de arte.

A pasos agigantados se va diluyendo en el nuevo magma que todo lo inunda y que es el de las exigencias de los mercados profesionales,

⁵ Platón, *Las Leyes*, ed. Aguilar, Madrid, 1974; “*No examinemos ahora si alguna vez puede suceder que el bien sea superior al mal, porque esto nos llevaría muy lejos. Comprendo tu pensamiento; quieres decir, que en un Estado compuesto de ciudadanos que forma una especie de familia, sucede algunas veces, que la muchedumbre de los malos, llegando a reunirse hace uso de la fuerza para subyugar al pequeño grupo de los buenos; que cuando los malos tengan superioridad puede decirse con razón que el Estado es inferior a sí mismo y malo; y, por el contrario, que cuando están debajo el Estado es bueno y superior a sí mismo*”.

⁶ Himno de la Universidad, *Gaudamus Igitur* (“...*creseat una veritas, floreat fraternitas...*”)

⁷ Johann Heinrich Pestalozzi, pedagogo suizo que vive entre los finales del siglo XVIII y XIX. Publica en 1819 *Cartas sobre educación infantil*.

con el más descarado olvido de la necesaria formación de fondo que, progresivamente, se ha ido desvirtuando por esos falsos profetas de nuestro siglo que son la especulación y el capital, indicando que lo que no se solventa en ganancias no es útil para la formación y así, de este modo, se van abandonando disciplinas y asignaturas que durante décadas han resultado fundamentales para un conocimiento global de determinadas carreras universitarias, porque se las considera poco “prácticas”.

En la Universidad de Princeton, se contrató a Albert Einstein simplemente para pensar, sin grandes expectativas de carácter práctico ni crematístico, incluso le resultaba bastante oneroso a esa casa de estudios superiores contratar al físico y, sin embargo, en la Universidad de Princeton se elaboraron las teorías que transformaron el pasado siglo. No en vano, cuando en esa Universidad se puso en marcha el *Instituto de Estudios Avanzados*, integrado por un grupo de pensadores escogidos, aquel original reformador que fue Abraham Flexner, convenció a instituciones privadas para que financiaran un nuevo tipo de institución académica dedicada a “*la utilidad del conocimiento inútil*” con “*el fin de mejorar la mente humana*”⁸. No resulta evidente que los estudios pragmáticos sean los más rentables para el mundo universitario e, incluso podríamos afirmar que no se trata más que de modas, que probablemente no lograrán sobrevivir una década, pero que el mal que vayan a ocasionar al modelo universitario será superior a los beneficios que puedan aportar y, al cabo, será demasiado tarde.

El fantasma de los mercados no se levanta solamente contra la estructura de los Estados, sino que esta crisis económica y de valores, que estamos viviendo en los comienzos del siglo XXI, también está afectando profundamente al modelo universitario. Corremos detrás de las cotizaciones y las evaluaciones que, al modo bursátil, nos indican qué universidades son las que resultan competitivas en el mercado laboral y cuáles deben ser destinadas al desguace, integrándose en otras más grandes o simplemente desapareciendo en la opaca neblina del despojo. Hoy hemos caído en la ensoñación de valorar el conocimiento por sus resultados pecuniarios, lo que no sólo resulta un desatino, sino, sobre todo, un error de estrategia, pues el método universitario no se basa en las ganancias sino en el saber, que resulta ser su verdadera identidad. La

⁸ Rebecca Goldstein, *Gödel, Paradoja y Vida*, ed. Antoni Bosch, 2005.

idea original de *Universitas* implicaba una agremiación que custodiaba los intereses de aquellas personas que allí se reunían para cultivar el oficio del saber, es decir que estamos hablando de *Universitas magistrorum et scholarium*, pues, como refleja Alfonso X el Sabio en las *Partidas*, *la Universitas es “ayuntamiento de maestros y escolares que es fecho en algún lugar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes”*⁹.

Como, con cierta ironía, nos señala Jorge Luis Borges “*la Universidad debiera insistirnos en lo antiguo y en lo ajeno. Si insiste en lo propio y lo contemporáneo, la Universidad no es útil, porque está ampliando una función que ya cumple la prensa*”. Reclamamos un retorno a los grandes principios que siempre han iluminado el arte de la enseñanza y la formación del individuo. No vendría mal, en estos tiempos de confusión intelectual y desatino, donde las cosas se analizan, valoran y banalizan con la balanza del peculio, recordar los fundamentos que en España sirvieron de inspiración a la *Institución Libre de Enseñanza*, pues, tal y como se señalaba en su *Programa*, a finales del siglo XIX, “*la educación, debe, además de facilitar una formación profesional, de preparar científicos, literatos, abogados, médicos, ingenieros*” alcanzar “*sobre eso, y antes de todo eso, seres humanos, personas capaces de concebir un ideal, de gobernar con sustantividad su propia vida y de producirla mediante el armonioso consorcio de todas sus facultades*”¹⁰. Pues, como advertía José Castillejo, al referirse a los ideales de esa *Institución*, “*la educación general incluye la instrucción de todas las funciones y energías del cuerpo y del alma. Una parte de ello es la cultura intelectual que debe tener una extensión universal y enciclopédica, pero el desarrollo unilateral de ciertas habilidades, sin una base amplia y general de cultura, es una deformación*”¹¹.

Nos enfrentamos a la gran disyuntiva de poder ejercitar como universitarios esa difícil cualidad que es la sindéresis que nos permita, con la parsimonia que brinda en conocimiento bien asimilado, adiestrar nuestros comportamientos de manera que se acerquen a la probidad, a la cordura y al buen juicio de la razón. Los universitarios no necesitamos predicadores de pacotilla, lo que realmente demanda la Universidad

⁹ Alfonso X el sabio, las *Partidas*, II, título XXXI, Ley 1.

¹⁰ *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 1934.

¹¹ José Castillejo, “Guerra de ideas en España”, *Revista de Occidente*. Madrid, 1976.

son maestros en el arte de la enseñanza y discípulos en el arte del aprovechamiento.

EL ADANISMO ACADÉMICO

Otro de los males que afectan a nuestra Academia es la lucha por el reconocimiento de la originalidad de nuestros planteamientos. Sin embargo, me cuesta reconocer que el Conocimiento no sea una sucesión escalonada de la suma de todos los saberes que la humanidad va acumulando a lo largo de su tortuosa existencia. “*Nil novum sub sole*” o como apunta el *Eclesiastés*, “*Vanidad de vanidades. Todo es vanidad*”. En la *Hypnerotomachia Poliphili*¹², o el *Sueño de Amor de Polifilo*, atribuida a Francesco Colonna y publicada en la segunda mitad del siglo XV, se recogen las advertencias necesarias contra la vanidad, pues podríamos columbrar que sea éste, quizás, uno de los mayores estigmas de nuestra vida académica y de la que nadie se encuentra exento de caer en su maraña, pues como indica las grandes obras, también, en este enigmático libro se nos enseña que “*todo lo humano no es sino sueño*”¹³.

No se trata de moralizar, nada más lejos de mi intención, sino de percatarnos, todos juntos, de hacia dónde nos puede arrastrar el lastre de la petulancia. La vida es la *selva selvaggia* donde nos perdemos en la búsqueda de los honores fatuos, que debilitan la conciencia y oscurecen el ánimo, pues como relata Dante en el *Canto XI* en el *Infierno*, “*la hipocresía, el robo, la impostura, lisonja, augurios, dolo, simonía y rufianes de toda acción impura*”¹⁴ atenazan las bondades generando el engrimiento en la condición humana.

No olvidemos, como nos advierte Michel de Montaigne, que “*de todos los sueños del mundo, el más aceptado y universal es el cuidado de la*

¹² Francesco Colonna: *El sueño de Polifilo*, ed. El acantilado, Barcelona, 1999. Su primera edición se publica en Venecia en 1499 en la imprenta de Aldo Manuzio, a las que se agregan interesantes xilografías.

¹³ *Ibid.* *El Sueño de Polifilo*.

¹⁴ Dante Alighieri, *La Divina Comedia*, (con traducción poética de Bartolomé Mitre) ed. Círculo del Bibliófilo, 1975, (“*ipocrisia, lusinghe e chi affattura, falsità, ladroneccio e simonia, ruffian, baratti e simile lordura*”).

*reputación y de la gloria, por lo cual llegamos a dejar riquezas, reposo, vida y salud, que son bienes efectivos y concretos, para seguir esa imagen vana y esa simple voz que no tiene ni cuerpo ni forma” agregando, a esta reflexión, un verso de Torcuato Tasso (Jer.Lib. 14, 63,5-8) que dice: ‘la fama que buscáis con celo ardiente, eco es sin voz imagen ilusoria, sueño... aún menos, de un sueño sombra vana que disipa la brisa de la mañana’.*¹⁵

Se trata de una tendencia a la timocracia, a la búsqueda de los honores, pues como es bien sabido, incluso aquellos que critican la tonsura de las distinciones asumen de buen grado las lisonjas, pues como apuntábamos, está en la condición humana que se nos reconozca la paternidad de los hechos y las ideas; y ello es natural y no resulta avieso, siempre que no nos arrastre hacia la pedantería y el engreimiento. En nuestro entorno académico lo apologético tiene carta de ciudadanía, pues se va adhiriendo a nuestras conciencias de manera falaz, hasta el punto de embriagarnos en la reclamación de paternidades doctrinales.

Este adanismo académico tiene como el *Jano* clásico dos caras: por un lado, resulta encomiable que nuestras investigaciones señalen los nuevos derroteros de la ciencia, pero, por otro lado, debemos admitir, con una dosis de humildad intelectual, que si hemos llegado a severas conclusiones, no ha sido sólo gracias a nuestro coeficiente intelectual, sino, también, y es saludable reconocerlo, gracias a las aportaciones de otros que antes que nosotros, o junto a nosotros, han ido abonando con sus ideas el avance del conocimiento. Por tanto, no somos más que un eslabón en la cadena y aislados, como mera anilla, no cabe más que el regodeo sobre nuestro orgullo, pero sin servir al conjunto, pues, recordemos que el estoico Marco Aurelio decía que “*lo que es bueno para la colmena es bueno para la abeja*”.

De Adán es la progenie lo que importa, es el conjunto lo que hace al todo, como nos enseña aquella dama espartana, Arquileónida, cuando los embajadores tracios intentan consolarla por la muerte de su hijo Brásidas, alabándole, hasta llegar a decir que no tenía igual, a lo que ella les interrumpe con el fin de indicarles que la ciudad de Esparta tenía muchos ciudadanos más grandes y valerosos que su hijo, otorgando la

¹⁵ Michel de Montaigne, *Ensayos Completos*, ed. Cátedra, Barcelona, 2003.

salud de aquellos honores al pueblo espartano. Del mismo modo que el rey Teopompo, respondía, cuando se le adulaba por su manera de gobernar, que no era mérito suyo sino de su pueblo que sabía entender lo que era bueno para Esparta¹⁶.

Deberíamos atajarnos de la vanidad de las palabras que encierran nuestros escritos, pues si bien, en su mayor parte, los seres humanos buscan la gloria, deberíamos admitir que no cabe mayor gloria que el servicio a los demás.

Me pregunto si esta idea pueda resultar ajena a los claustros universitarios, donde la preponderancia protagónica oscurece la universalidad de la institución, pues tiende a apoyarse en arbotantes particularistas que empañan la grandeza del conjunto. Tengamos en cuenta que el valor de las palabras es inmenso, y debemos hacer cuidado de su uso, pues como nos relata Borges en su poema *Golem*, “*Si (como el griego afirma en el Cratilo), el nombre es arquetipo de la cosa, en las letras de la rosa está la rosa, y todo el Nilo en la palabra Nilo*”. El valor de las palabras es inmenso.

¿No se han preguntado ustedes por qué la gloria es esquiva y asaz transitoria? Quizás, porque, al igual que el poder mal asumido, nos envanece y nos aleja del sano recato. Diógenes de Sinope nos alertaba contra ella, pues la consideraba entre todas las voluptuosidades la más artera y peligrosa. No por no saber apreciar el reconocimiento de las obras bien hechas, sino porque el requiebro nubla la visión de lo justo y, de manera progresiva, nos aleja del equilibrio para encaramarnos en el trono de la soberbia y alejarnos de la sensatez y la bonanza de criterio.

No resulta superfluo, por tanto, sino todo lo contrario, que en el marco de nuestro ejercicio académico busquemos, con honestidad, abrir las puertas del conocimiento y ampliar las ramas del saber a través de la investigación y difundamos por la vía docente nuevas corrientes de pensamiento. Mas se reclama del profesorado una cierta abstinencia en los modales, con el fin de no ser atrapados por la petulancia que a la larga nos delata en nuestras miserias y limitaciones.

¹⁶ Estas anécdotas se recogen en Michel de Montaigne, *Ensayos Completos*, *Op.cit.*

Los académicos nos encontramos sometidos, en razón de nuestras obras, a la exposición pública, ya sea por nuestros escritos, por nuestras clases, por nuestra actividad como gestores universitarios, que en muchos momentos nos colocan al borde del pavoneo. No obstante, resulta inmoderado, tanto perseguir la gloria, como huir de ella. Deberíamos censurar ambos extremos y adentrarnos en la *vía media* de Aristóteles que reclama de nosotros el comedimiento del “*nada en exceso*”, como se afirmaba en el frontispicio de la Escuela neoplatónica de Florencia. Que sea la posteridad la que nos juzgue y no nuestros coetáneos, pues en ellos puede ocultarse ya sean la amistad o la inquina, el halago o la diatriba, que nos encumbran en la más adánica y prístina originalidad, o nos entierran en las lóbregas prisiones del plagio, del calco o de la copia.

Investiguemos con la parsimonia que nos da la libertad de cátedra y con el aval de nuestras horas de gabinete, laboratorio, archivo o biblioteca, para que al cabo volquemos nuestras cosechas intelectuales con sinceridad y anhelo científico, libre de todo exhorto maledicente que, por temor a decir lo que no es “*políticamente correcto*”, nos arrebathe la *espiral del silencio*¹⁷ y a la postre, por no decir decimos lo que no queremos o callamos lo que no debemos callar sujetos a temores momentáneos, pues la moda es pasajera. Por miedo a perder la gloria nos sujetamos a los usos y, aunque logremos la consideración de los sicofantas de turno, vamos perdiendo el respeto hacia nosotros mismos, pues como apuntaba Erasmo, “*vivimos tiempos en los que hablar hace peligrar el cuerpo, pero callar hace peligrar el alma*”...y esos tiempos parece que no han cambiado.

No es la opinión de los demás la que nos debe llenar de orgullo, sino la opinión que nosotros hayamos recabado de nosotros mismos, pues como dice uno de los textos de las *Sagradas Escrituras*, en *Corintios*, (2 (1-12), “*nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia*”¹⁸.

¹⁷ Elisabeth Noelle Neumann, *La espiral del silencio. Opinión pública: nuestra piel social*, ed. Paidós-Ibérica, Barcelona, 1995. Se trata de una teoría propuesta por la autora en donde analiza como la opinión pública puede convertirse en un sistema de control social ya que los individuos por temor al aislamiento adaptan su comportamiento a las corrientes de pensamiento predominantes, de lo que es aceptable y lo que no es aceptable, buscando adaptarse a la opinión mayoritaria.

¹⁸ *Corintios*, 2 (1-12), “*gloria nostra est testimonium conscientiae nostrae*”.

Se desbaratan todos nuestros argumentos intelectuales, cuando no recibimos los parabienes de las *Agencias de evaluación*, esos Jehovás de turno que nos arrojan del paraíso, del celeste Olimpo de los elegidos, pero, ¿quiénes son estos cancerberos del Parnaso?, sino otros que como nosotros han sido elegidos por el dedo discrecional del poder. Seamos realistas, hoy estamos en el Averno y mañana en los Campos Elíseos y aquellos que hoy nos juzgan, mañana, *sic transit gloria mundi*, serán también juzgados.

Una buena lección sería la prudencia y la magnanimidad, puesto que la vida hace girar el huso de la rueda en un tiempo de giro que no controlamos y que deviene de la voluntad del *Fatum*. Otra vez Montaigne nos advierte de que “*hay cierto placer natural en sentirse alabado, más concedemos a esto demasiado, sin duda*” y agrega que “*no me preocupo tanto de cómo soy para los demás como de cómo soy para mí. Quiero ser rico por mí mismo, no de prestado. Los extraños sólo ven los acontecimientos y las apariencias externas; cada cual puede poner buena cara de puertas afuera, estando lleno por dentro de fiebre y espanto*”¹⁹.

Tenemos los seres humanos un vicio procaz, que nos hace más deseosos de grande que de buena fama y “*nos cuidamos más de que se hable de nosotros que de cómo se hable*”²⁰, pero no se trata de eso, sino de remediar el temor a la *damnatio memoriae*, con una vida justa y noble que sirva de ejemplo a nuestros contemporáneos e incluso, si cabe, a las generaciones venideras, pues de ese modo seguro que no seremos olvidados.

Entonces, el recuerdo es válido y no se apoya en la búsqueda del lustre y de la pompa, sino en un recatado camino de formación y análisis, en nuestro caso académico, que deje obra certera, no por la búsqueda del oropel, sino por la profunda convicción de que al conocimiento se llega elucubrando con discreción y con cordura. Viene aquí a cuento la reflexión de Guy de Maupassant en su epitafio: “*lo codicié todo y no hallé placer en nada*”.

¹⁹ Michel de Montaigne, *Ensayos Completos*, *Op.cit.*

²⁰ *Ibid.* *Ensayos Completos*.

LA PERVERSA CONMISERACION DE LA ESTULTICIA

Como asevera Bertold Brecht, “*la estupidez se hace invisible cuando se generaliza*”. Cabe pensar que los seres humanos tenemos la innoble tendencia a perdonar la estupidez, cuando resulta ser una de las lacras más peligrosas que padece nuestra sociedad. Tendemos a pensar que los riesgos que acechan a nuestros modelos de supervivencia social se desprenden de grandes especulaciones conspirativas y, aunque puede haber algo de verdad en ello, dejamos sin parapetos que nos penetre la influencia de la estulticia por todos los poros de nuestras estructuras vitales.

Dentro de los procesos del darwinismo social en los que nos encontramos inmersos, se produce una selección invertida donde los más incapaces van asumiendo responsabilidades que les desbordan con la más clara aplicación del *Principio de incompetencia*, que reclama Lawrence J. Peter²¹, lacerando las estructuras organizativas. Para colmo de males, el incompetente se enroca en su rincón, pues, conociendo sus limitaciones, sabe que debe realizar todos los esfuerzos para permanecer donde está, pues, él o ella, mejor que nadie sabe de sus carencias.

De este modo, casi imperceptible, la estupidez y la frivolidad se van infiltrando en nuestras vidas, sin que nadie haga nada por evitarlo. En muchos casos, el falso *buenismo* hace que protejamos a los imbéciles, con la idea de darles una oportunidad. Es aquí donde radica el error, puesto que la estupidez no es una marca de la humanidad sino de su negación. La estupidez no es falta de inteligencia sino de pereza para utilizar las capacidades de las que estamos dotados todos los seres humanos en el uso cabal de nuestras facultades, lo que no quiere decir que no debemos tener el mayor de los respetos por aquellos que se ven aquejados por una patología que les limite el raciocinio, pues no es a ellos a los que critico. Los que me preocupan son aquellos vagos de solemnidad que, en aras de su simpleza vital, van cubriendo espacios que no les corresponderían,

²¹ Principio que fue formulado por el catedrático de Ciencias de la Educación de la Universidad del Sur de California, Lawrence J. Peter, en su obra *The Peter Principle* (1961), donde indica que “*todo empleado tiende a subir hasta su nivel de incompetencia: la nata sube hasta que se corta*”.

pero a los que hay que reconocerles una cierta habilidad para colarse por los intersticios del sistema.

No obstante, otra vez Michel de Montaigne nos recuerda que “*nadie está libre de decir estupideces, lo malo es decir las con énfasis*”, por ello yo acudo al recato, a la hora de hablar de la estupidez, no vaya a ser que por prosopopeya ella también me abrace; pues, como apunta Schiller, “*contra la estupidez, hasta los propios dioses luchan en vano*”.

Nos recuerda el novelista austríaco, Robert Musil en su *Discurso sobre la estupidez*²², que pronunció en Viena en 1937, que la estupidez no es lo contrario de la inteligencia, sino que se trata de una limitación sensorial, estética en el sentido más profundo del término. La memez no es, por tanto, para Musil, una falta de inteligencia, sino falta de sentimiento, dado que puede existir una “*estupidez inteligente*”, esa misma que se puede dar en ámbitos de elaborada cultura y conocimiento, pero con el más absoluto desprecio a la inteligencia emocional. En el mundo universitario corremos el peligro de exacerbar nuestras capacidades cognitivas para despreciar al congénere y al colega, en detrimento de sus cualidades y habilidades propias, con el fin de alcanzar su escarnio y aislamiento. En mis años de Universidad he vivido muchos desatinos e, incluso, no puedo decir que me encuentre inmaculado, pero deberíamos combatir los desafueros que tantos males han acarreado y siguen acarreado a nuestra Academia.

Resulta extraño que, siendo un tema que genera una afrenta social, una especie de conjura de la bobería, no se le otorgue suficiente importancia, cuando debería tenerse más en cuenta con el fin de no socavar los límites de la inteligencia. Como nos alerta el filósofo italiano Giancarlo Livraghi²³, debemos poner mucha atención, pues “*en cada uno de nosotros hay un factor de estupidez, más grande de lo que suponemos*” y cuando la estupidez de una persona se conecta con la estupidez de otras, “*el impacto crece de manera geométrica*”, es decir que no se suma sino que se multiplica. Apunta, además, que “*la estupidez es la fuerza más destructiva de toda la*

²² Robert Musil, *Sobre la estupidez*, Barcelona, col. Cuadernos ínfimos, ed. Tusquets, 1974.

²³ Giancarlo Livraghi, *El poder de la estupidez*, ed. Crítica, Colección Ares y Mares, Barcelona, 2010.

evolución humana” y se basa para ello en el *Principio de Hanlón* que reza: “nunca le atribuyas a la maldad lo que puede ser explicado simplemente con la estupidez”. La estupidez es, por tanto, “un territorio sin mapas”. De ahí, que se reclama la puesta a punto de la *Estupidología*, que sería la ciencia que analiza la estolidez con el fin de que, como apunta Matthijs van Boxsel, llegará un momento “donde ya no será posible distinguir la ciencia de la estupidez de la estupidez de la ciencia”²⁴.

Para Carlos María Cipolla, profesor emérito de Historia Económica de la Universidad de Berkeley²⁵, existen cinco leyes fundamentales de la estupidez humana y señala que no podemos sospechar la cantidad de estos especímenes que habitan el planeta, pues como apunta “*estultorum infinitus est numerus*”²⁶.

En su primera consideración apunta que “*siempre e inevitablemente todos subestiman el número de individuos estúpidos en circulación*”, seguidamente, considera que “*la probabilidad de que cierta persona sea estúpida es independiente de cualquier otra característica de esa persona*”, a lo cual hay que agregar, en tercer y cuarto lugar, que “*una persona estúpida es aquella que causa pérdidas a otra persona o grupo de personas, sin obtener ninguna ganancia para sí mismo e incluso incurriendo en pérdidas*” y que “*las personas no estúpidas subestiman siempre el potencial nocivo de las personas estúpidas y olvidan constantemente que, en cualquier momento, lugar y circunstancia, tratar o asociarse con individuos estúpidos, se manifiesta infaliblemente como un costosísimo error*”; para concluir, en quinto lugar, que “*el estúpido es el tipo de persona más peligrosa que existe*”.

Dentro de este universo de comportamientos, señala Cipolla que, de acuerdo con la capacidad de raciocinio, podríamos, entonces, detectar cuatro categorías de seres humanos, los incautos, los malvados, los inteligentes y los estúpidos, siendo estos últimos muy abundantes y sumamente nocivos para el medio social; lo que puede ser perfectamente aplicable al medio universitario. Pues, no debe pasarnos desapercibido, como también nos advierte el escritor húngaro Paul Tabori, en su *Historia*

²⁴ Matthijs van Boxsel: *Enciclopedia de la estupidez*, ed. Síntesis, Madrid, 2003.

²⁵ Carlos María Cipolla: *allegro ma non troppo*, ed. Crítica, Barcelona, 2007.

²⁶ Cita que el autor recoge del *Eclesiastés*.

de la estupidez humana²⁷, “el hecho de que el *Thesaurus de Roget*, consagre seis columnas a los sinónimos, verbos, nombres y adjetivos de la estupidez, mientras la palabra *sensatez* apenas ocupa una”, se nos antoja realmente preocupante.

Por su parte, Giancarlo Livraghi, apoyándose en las conclusiones de Cipolla, las desarrolla y nos ofrece un compendio que apuntala en cuatro dimensiones. Por un lado, los seres humanos *inteligentes*, “que benefician a los demás y a sí mismos”, los *incautos*, “que benefician a los demás, pero en su perjuicio”, los *malhechores*, “que perjudican a los demás en beneficio propio” y, finalmente, los *estúpidos*, “que perjudican a los demás y a sí mismos”²⁸.

No obstante, el principal problema radica, como apunta, Matthijs van Boxsel²⁹, en que “nadie es tan inteligente como para comprender su propia estupidez” y define la estupidez como “el talento de actuar inconscientemente en contra del interés propio” por lo cual “la cultura no es más que el producto de una serie de intentos más o menos fallidos de controlar nuestra idiotez autodestructiva”; por lo que predica que hay que luchar contra el fracaso de la inteligencia, dado que “la estupidez se manifiesta en todos los ámbitos de la vida, en todo ser humano y en todo momento”.

Tengamos en cuenta que en las angosturas del pensamiento es donde se entroniza la memez, con la coronación de la bobada, una badajada inútil que nos arrastra al precipicio de la ignorancia y que si no fuese por su peligro consustancial, podría pasar como una payasada más, sino porque, a la postre, siempre la estupidez termina por alcanzar dimensiones enciclopédicas.

²⁷ Paul Tabori: *Historia de la estupidez humana*, ed. Dédalo, Buenos Aires, 1961.

²⁸ Giancarlo Livraghi: *El poder de la estupidez*, *Op.cit.*; como resultado de estas reflexiones, este autor, elabora, a su vez, tres corolarios sobre los que nos advierte que debemos estar ojo avizor, reclamando, en primer lugar, mucha atención, dado que “en cada uno de nosotros reside un factor de estupidez que es siempre mayor de lo que creemos”; luego, en segundo lugar, analiza los factores de riesgo, dado que “cuando la estupidez de una persona se combina con la estupidez ajena, el impacto crece en forma geométrica, esto es, por la multiplicación y no por la adición de los factores de estupidez individuales”; y, en tercer lugar, señala que habrá que tener presente, si queremos cambiar el ritmo de las cosas, la dificultad adicional de que “combinar la inteligencia de distintas personas es más difícil que combinar la estupidez”.

²⁹ Matthijs van Boxsel: *Enciclopedia de la estupidez*, *Op. cit.*

Todo ello no resulta baladí, dado que en nuestro entorno universitario se dan todos estos tipos humanos y corremos el peligro de caer en la “multiplicación” de la que nos habla Livraghi. Máxime cuando en nuestro ámbito académico el poder del conocimiento se transviste en el conocimiento del poder y los universitarios se dejan seducir por la búsqueda del poder, sin aprender a diferenciar entre la autoridad y el poder. La *auctoritas* es la que nos corresponde por derecho propio si realmente sabemos asumir lo que nos brinda la *Universitas*, pues de lo contrario corremos el peligro de caer en la ensoñación de los fuegos fatuos del llamado poder que en la universidad se traduce por el “control sobre el destino de otras gentes”.

En muchos casos, alejados del profundo concepto de autoridad, el poder se convierte en un instrumento de intervención sobre la vida, obra y bienes de quienes se sujetan a estos “eruditos a la violeta”³⁰, pues, como nos apunta Livraghi, es cuando surge “la estupidez del poder”; y no porque los poderosos sean más estúpidos, sino porque amplifican las consecuencias de su estupidez; a lo que yo agregaría que la *potestas* sin *auctoritas* es una caja de truenos, un ámbito baldío de saberes, es sólo cáscara sin contenido sustancial, sumamente nociva para la institución universitaria.

Nos recuerda el filósofo italiano que “el poder es una droga adictiva”, pues al poder suele acompañarle la avaricia por conservarlo y apunta que “en épocas de ocaso y decadencia podemos suponer que el porcentaje general de personas estúpidas se mantiene constante, pero descubrimos que sobre todo en las personas que ocupan el poder, existe una mayor concentración de bandidos, bandidos que a menudo tienden a convertirse en estúpidos, cuando se evalúa el resultado teniendo en cuenta el desequilibrio que su actuación ha generado”, por ello acota que para resolver la situación se necesitan personas inteligentes que “puedan adquirir poder y un fuerte impulso colectivo que luche por un cambio sustancial”³¹.

Esta idea también la encontramos en *La República*³² de Platón, cuando nos recuerda que “El castigo mayor es ser gobernado por otro más

³⁰ José Cadalso, *Los eruditos a la violeta*, *Op.cit.*

³¹ Giancarlo Livraghi, *El poder de la estupidez*, *Op. cit.*

³² Platón, *La República*, ed. Aguilar, Madrid, 1974.

perverso cuando no quiera él (se refiere al justo) gobernar: y es por temor a este castigo por lo que se me figura a mí que gobiernan, cuando gobiernan, los hombres de bien; y aun entonces van al gobierno no como quien va a algo ventajoso, ni pensando que lo van a pasar bien en él, sino como el que va a cosa necesaria y en la convicción de que no tienen otros hombres mejores ni iguales a ellos a quienes confiarlo. Porque si hubiera un Estado formado todo él por hombres de bien, habría probablemente lucha por no gobernar, como ahora la hay por gobernar, y entonces se haría claro que el verdadero gobernante no está en realidad para atender a su propio bien, sino al del gobernado; de modo que todo hombre inteligente elegiría antes recibir favor de otro que darse quehacer por hacerlo él a los demás”.

No obstante, el problema para Livraghi consiste en que la estupidez no es inocua, sino contagiosa, ante lo cual resulta oportuno aplicar antídotos tales como la curiosidad, la creatividad, la meticulosidad, la sencillez, la ironía, la generosidad...y, personalmente, agregaría la bondad, porque no hay mayor estupidez que la maldad.

OSTRACISMO MILITANTE

Se trata de observar cómo, en el inconsciente colectivo de nuestra comunidad universitaria, se mantiene el modelo clásico del ostracismo (*ostrakismos*, por la inscripción del nombre de aquel que se deseaba desterrar en el *ostrakon*³³), costumbre que se predicaba para la expulsión de alguien que se deseaba desterrar de su terruño. En nuestra Academia, hemos simplificado el rito y la terminología y lo llamamos simplemente *ninguneo*, en una especie de neologismo arbitrario que arroja al destierro intelectual a aquellos que pertenecen a facciones contrarias, o que sus escritos no comulgan con la ortodoxia al uso, o que, simplemente, no caen bien.

Muchos son los arbitrios que se utilizan para estigmatizar a este ciudadano *non grato* por aquellos que conforman la *Ekklesia* y que,

³³ Es bien conocido que su nombre deriva de la utilización de restos de cerámica que por su concavidad se asemejaban a las conchas de las ostras y que en su interior se inscribía el nombre de ciudadano que se había decidido expulsar de Atenas, quien debería partir a los diez días a un destierro que podía llegar a durar diez años.

curiosamente, como todo resulta mutable en este universo paradójico, luego, con toda probabilidad, los juzgadores pasarán a ser también juzgados en un juego disonante e inútil que no conduce a nada; o mejor dicho, que sólo conduce al desencanto.

Como en las antiguas *heterías*, las facciones se alimentan de denostar a aquellos que no son de los suyos y los bisoños de turno siguen fielmente las consignas de sus mayores haciendo sangre contra colegas que apenas si conocen. Recordemos la anécdota que recoge Plutarco sobre el ostracismo de Arístides, cuando un analfabeto tiene que inscribir el nombre de Arístides en el *ostrakon* y se dirige a éste, sin conocerlo, solicitándole que como no sabe escribir marque el nombre de Arístides en el trozo de cerámica. A lo que el interpelado le pregunta si sabe quién es este personaje o si le había causado algún mal y el sujeto le responde “*no conozco a ese hombre, pero me molesta oírle llamar en todas partes el justo*”³⁴. Oído esto, Arístides inscribió su nombre y entregó el *ostrakon* a ese anónimo insensato.

Las cosas, por mucho que nos duelan, no han cambiado, las banderías continúan y muchas y muchos universitarios han visto truncada su carrera por luchas partidarias que nada tienen que ver con el conocimiento. Como rezaba aquella coplilla, “*lo primero y principal es tener al tribunal, lo segundo y consecuente es no tener oponente y lo tercero, por añadidura, no viene mal saberse la asignatura*”.

Si el exilio como castigo corporal genera el dolor del aislamiento y la pérdida de contacto con las raíces que dan a los seres humanos la cualidad de lo que son, el exilio intelectual nos recluye al anonimato ignominioso del claustro científico.

Se trata de una tendencia, de un *tic* institucional que deberíamos comenzar a solventar, con el fin de que el *darwinismo* social, al que, mal que nos pese, se encuentra sometida nuestra sociedad, se aplique por los valores intelectuales y de esfuerzo personal y no por la pertenencia a tercerías que empañan el brillo del conocimiento ilustrado. Deberíamos tener presente en todo momento lo pasajera que resulta la existencia

³⁴ Plutarco, *Vida de Arístides*, VII, 7-8.

humana y, por tanto, percatarnos sobre la necesidad de tener mayor conmiseración por nuestros colegas que, en la mayoría de los casos, hacen lo que pueden y de la mejor manera que saben.

Como hemos apuntado más arriba, seamos precavidos frente a los necios, porque cada vez que alcanzan cierta posición, curiosamente, son ellos, casi siempre, los que aplican el rasero de la selección con juicios demoleedores, con el fin de preservarse en sus poltronas sin el menor empacho del mal que puedan ocasionar, pero al fin, como se ha señalado, “*perjudican a los demás y a sí mismos*”³⁵.

Tengamos presente el pensamiento del sabio Solón, que recuerda el rey Cresos al ser apresado por Ciro y condenado a muerte, cuando, momentos antes de ser ejecutado en la pira exclamó “*¡Ay, Solón! ¡Solón!*”. Cuando le interrogaron a qué venía recordar en esos momentos a Solón, Cresos indicó que comprobaba en carne propia la advertencia que en su día había realizado el sabio, acerca de que a los seres humanos, por mucho que les sonría la fortuna, no pueden decirse felices hasta que haya transcurrido el último día de su existencia, a causa de la inseguridad y la volubilidad de las cosas humanas, que con ligero movimiento pasan de un estado a otro muy distinto, dado que “*el ser humano es pura contingencia*”³⁶.

Los giros de la fortuna son inextricables y convendría tener la precaución de saber que ora estamos arriba y ora abajo, por lo cual tentémonos de no desterrar con cierto desdén a aquellos que no cuentan con nuestro favor, dado que la miseria de las cosas humanas no siempre nos resulta esquiva y la fortuna puede darnos la espalda cuando menos lo esperemos, como consecuencia de esa ley natural, con la que se recrea la física, de que todo acto tiene como consecuencia una reacción similar y opuesta y a la que hinduistas han bautizado con el término sanscrito de *Karma*, como cobijo de la idea de que toda acción tiene una reacción, decíamos, equivalente y encarada.

De este modo, llegamos sin ir a donde nunca hubiésemos querido arribar, pues por las acciones desordenadas y aviesas nos conducimos por cauces equívocos y haciendo el mal nos perjudicamos a nosotros mismos

³⁵ Giancarlo Livraghi: *El poder de la estupidez*, *Op.cit.*

³⁶ Herodoto, *Historia* (I, 86-87).

y a la institución a la que pertenecemos y la cual espera de nosotros un buen comedimiento. Tengo para mí que la inquina contra los colegas no sólo es consecuencia de la mala disposición de nuestros humores, sino también de la falta de imaginación y cortedad de miras. Se hace necesaria una reconversión de las trincheras con el fin de acotar nuestros espacios de estudio para que se vayan convirtiendo en lozanos refugios del intelecto y rechazar el acopio de trifulcas pseudoacadémicas, que embozan realidades torticeras, de envidias y celos, en la promoción de las plantillas universitarias.

Por otra parte, en este fuego cruzado no siempre caen quienes son el verdadero blanco de las iras, sino los pobres incautos que se arriman al halo protector de los cabecillas, sin percatarse de la que les puede caer cuando el cielo se derrumbe sobre sus cabezas. Si lográsemos edulcorar la acidez de estos arrebatos de pandillas, con imaginación productiva y desvelos intelectuales, podríamos alejar el fragor de estas contiendas partidistas y dejar que por sus capacidades cada cual se colocase en el sitio que le corresponde en la Academia.

Pecaríamos de candidez si pensásemos que no existen en la condición humana ciertos grados de perversión que la inclinan hacia el lado oscuro del conocimiento, pero, también seríamos ilusos si no apostáramos por generar en nuestras Altas Casas de Estudio una corriente de pensamiento que se soporte en criterios y baremos morales y no sobre la intolerancia y el desprecio, donde el poder de algunos lleva al ostracismo a otros. Es probable que, a fuerza de ejercitarnos en el uso de la tolerancia, podamos ir mejorando el ambiente relacional de nuestro hábitat, que debería ser un entorno de eruditos, ya que debemos suponer que el ejercicio intelectual nos eleva a cotas superiores del pensamiento, aunque a veces parece que no salimos del claustro de las emociones y somos incapaces de elevar nuestro vuelo, cambiando en alas los “muñones implumes” de nuestro intelecto, como nos diría el divino Platón.

Resulta triste admitir que en los cenobios de nuestras facultades universitarias surjan estas “*guerras de religiones*” que hacen difícil la concentración y la investigación y no digamos la docencia que debe ser ejemplo para las nuevas generaciones. Puesto que, con estos comportamientos, se reducen al ostracismo corrientes de pensamiento,

precursores inteligentes, nuevas generaciones que han apostado por pensar, inclusive, algún que otro mentecato quien incluso menguado, también tiene derecho a expresarse y sobre todo a poder equivocarse. Reclamamos aquellas palabras de Evelyn Beatrice Hall cuando indica, al referirse al espíritu volteriano: “*estoy en desacuerdo con lo que usted dice, pero, defenderé hasta la muerte su derecho a decirlo*”³⁷.

Estos exilios intelectuales debilitan a la Universidad y, por tanto, sería recomendable un rearme moral³⁸. En efecto, como ha señalado José Antonio Marina, “*nunca había pensado que la ética pudiera ser la más inteligente creación de la inteligencia humana, hasta que no tuve más remedio que pensarlo*”³⁹. Pues, parece evidente que si los avatares de la historia van haciendo de las costumbres figuras de comportamiento, que varían según los lugares y los tiempos, irán surgiendo criterios morales y éticos que, también, pueden resultar variables según las circunstancias geográficas o temporales; así lo que pudiese resultar inmoral en el siglo diecinueve no lo es en el siglo XXI.

Sin embargo, la humanidad reclama normas éticas que no se encuentren sometidas a los vaivenes de las costumbres. Esto nos sugiere la idea de que puedan catalogarse ciertos comportamientos humanos que no deberían estar sujetos a las modas o tendencias de cada época y, de este modo, podríamos hablar de una moral temporal, más vinculada a las costumbres y de una moral atemporal, más vinculada a las esencias de la naturaleza humana en el marco de una ética atemporal y de carácter universal.

Esta diferenciación nos permitiría especular sobre la idea de que la voz *moral* estaría más condicionada conceptualmente a lo permutable mientras que la voz *ética* podría conceptualizarse como más afín a

³⁷ Evelyn Beatrice Hall, escritora inglesa a quien se conoce con el seudónimo de S.G. Tallentyre (1868-1919) y por una de las biografías que se han escrito sobre Voltaire (*The Friends of Voltaire*, 1906) y que para sintetizar el espíritu librepensador del filósofo apunto la frase “*I disapprove of what you say, but I will defend to the death your right to say it*”, que erróneamente se ha atribuido a Voltaire.

³⁸ Juan Manuel de Faramiñán Gilbert, “El desafío de los valores éticos en un mundo globalizado”, en *Revista della Cooperazione Giuridica Internazionale*, Anno XII, n° 35, Maggio-Agosto, 2010.

³⁹ José Antonio Marina, *Ética para náufragos*, ed. Anagrama, Barcelona, 1995.

aquello que permanece inmutable, a aquello que como diría Pico de la Mirándola se relaciona con la “*dignidad del hombre*” (y agreguemos de la mujer, o mejor aún, del ser humano)⁴⁰. En este sentido, Federico Mayor Zaragoza, llama nuestra atención sobre la idea de que “*si queremos dar hoy un auténtico porvenir al futuro, demos un porvenir a la ética del futuro. Y esto, formar ciudadanos responsables ante el porvenir, es ante todo una tarea de la enseñanza. Es ella la primera nodriza de la ciudad, la que nos enseña no sólo a conocer y a hacer, sino también a ser y a vivir juntos*”⁴¹.

En definitiva, la Universidad debería ser un crisol donde se forjara una ética cívica, que ajustase modelos de comportamiento más estables y permanentes y que nos hiciera mejores ciudadanos.

Volviendo al tema que nos ocupa y frente a esta perversa costumbre del exilio militante, recordemos las palabras del Premio Nobel Saul Bellow, cuando nos indica que “*el lenguaje es la mansión espiritual de la que nadie puede expulsarte*”...y agrega,... “*por el amor de Dios, abran el Universo un poco más*”⁴².

Por tanto, comencemos a desenroscar el hilo de Ariadna y veamos cuáles son las pautas apropiadas para salir del Laberinto circular que nos confunde en errores inveterados que nos agobian en nuestras capacidades de ser y de existir como universitarios.

VIAJE EQUINOCCIAL DE LA RAZÓN IMPENITENTE

Todo viaje, al modo *odiseico*, implica un largo recorrido que nos permite aprender antes de arribar a las costas, donde el cambio operado por el viaje haya sido tan importante que sólo pueda reconocernos, como a Odiseo, su viejo perro Argos. La vida en la Universidad es ese largo viaje hacia el Conocimiento que, en algunos casos, puede llevarnos a la Sabiduría; pero, también se trata de un viaje equinoccial, pues como ocurre en los equinoccios astronómicos de primavera y de otoño, los días

⁴⁰ Pico de la Mirándola, *Discurso sobre la dignidad del hombre*, ed. Universidad Nacional Autónoma de México, México, 2004.

⁴¹ Federico Mayor Zaragoza, *Un mundo nuevo*, Ediciones UNESCO, Barcelona, 2000.

⁴² Saul Bellow, *El diciembre del decano*, Barcelona, 1982.

tienen una duración igual al de las noches⁴³ encerrando una metáfora que nos recuerde la necesidad de un permanente y resuelto arresto. Deseo con ello indicar que, en la Universidad, el camino hacia el ejercicio de la razón debería ser tan pertinaz como efectivo, donde las vigiliadas y las noches de fatiga puedan medirse con igual rasero de intensidad y atrevimientos. Sin embargo, hoy impera entre nosotros el recurso al mínimo esfuerzo.

El problema con el que nos enfrentamos es, como señalaba Anton Pavlovich Chejov, que *“la universidad saca a la luz todas las capacidades, incluida la incapacidad”*, por lo cual nuestro esfuerzo debe ser doble para luchar contra la mediocridad y la desolación intelectual.

Es el uso de la razón lo que tenemos que valorar los universitarios de manera impenitente, con el fin de no dejarnos socavar por la sinrazón y el desafuero que conducen de manera sorprendente, dada la generalidad de ciertos comportamientos académicos, hacia metas insospechadas de irracionalidad.

Si, como apunta Emmanuel Kant, la elaboración de los conocimientos que pertenecen a la obra de la razón⁴⁴, lleva o no la marcha segura de constituirse en una ciencia, es cosa que puede pronto juzgarse por el éxito del uso del raciocinio, pues, *“cuando tras numerosos preparativos y arreglos, la razón tropieza, en el momento mismo de llegar a su fin o cuando, para alcanzar éste, tiene que volver atrás, una y otra vez, y emprender un nuevo camino; asimismo, cuando no es posible poner de acuerdo a los diferentes colaboradores sobre la manera cómo se ha de perseguir el propósito común, entonces puede tenerse siempre la convicción de que un estudio semejante está muy lejos de haber emprendido la marcha segura de una ciencia y de que, por el contrario, es más bien un mero tanteo”*. De este modo, Kant destaca el mérito de la razón, pues es ella capaz de descubrir, en lo posible, ese camino, *“aunque haya que renunciar, por vano, a mucho de lo que estaba contenido en el fin que se había tomado antes sin reflexión”*.

⁴³ Tal como nos indica en latín con su apelativo *aequinocetium*, que significa “noche igual”.

⁴⁴ Emmanuel Kant: *Crítica de la razón pura*. Ed. Porrúa. México.

Por ello nos preocupa que, con voluntad o sin ella, podamos dejarnos arrastrar por una banalización de las actividades académicas y un descreimiento sobre la fuerza del uso de la razón en nuestros comportamientos y pensamientos, pues como señala otra vez Kant, “*basta comparar lo que es la cultura de la razón mediante la marcha segura de una ciencia, con el tanteo sin fundamento y el vagabundeo superficial de la misma sin crítica; o advertir también cuánto mejor empleará aquí su tiempo una juventud deseosa de saber, que el dogmatismo corriente, que inspira tan tempranos y poderosos alientos, ya para utilizar cómodamente sobre cosas de que no entiende nada y en las que no puede, como no puede nadie en el mundo, conocer nada, ya para acabar inventando nuevos pensamientos y opiniones, sin cuidarse de aprender ciencias sólidas*”⁴⁵.

Las nuevas tendencias de los modelos en boga⁴⁶ nos llevan a que toda Europa converge hacia el *Espacio Europeo de Educación Superior (EEES)* y, si bien en sí mismo el proceso parece interesante, pues está pergeñando un espacio único de formación y enseñanza, que permitirá a los discentes y docentes moverse con mayor facilidad en el marco de la llamada Sociedad del conocimiento, sin embargo, deberemos estar atentos, pues, este *Espacio Europeo*, se mueve sobre un delgado hilo donde, en cualquier momento, si no somos precavidos, podemos pasar de la convergencia al pensamiento único, aplastando, en la búsqueda de la homogeneidad, las particularidades y diversidades que han enriquecido, desde sus orígenes, a la cultura europea.

Si desde las Universidades queremos acometer este proceso con éxito, será necesario que conozcamos muy bien cómo funciona este proyecto y cuáles son sus ventajas y, también, cuáles son sus inconvenientes, sobre los que no debemos tropezar. Pues, como señala el profesor Sergio Llebaría Samper⁴⁷, al hablar del *Proceso de Bolonia* como “*un caso de simulación*”, se pregunta, “*¿Y si el cambio no es realmente lo que se anuncia y predica? ¿Y si la finalidad del cambio es otra? De todo puede dudarse, y más cuando*

⁴⁵ *Ibid.* *Crítica de la razón pura*.

⁴⁶ Juan Manuel de Faramiñán Gilbert, “Against Bolonia”, en *Revista de Estudios Jurídicos de la Universidad de Jaén*, nº 10, *Foro de Debate*, 2010 (Segunda Época), en versión electrónica ([www. http://rej.ujaen.es](http://rej.ujaen.es)) y en versión papel, Facultad de Ciencias Sociales y Jurídicas, Universidad de Jaén, 2010.

⁴⁷ Sergio Llebaría Samper: *El proceso Bolonia: la enseñanza del Derecho a juicio... ¿Absolución o condena?*, Ed. Bosch Formación, 2009.

la propaganda oficial e institucional gusta de recrearse más en declaraciones, documentos y fotografías, que en hechos y realidades. Si los profesores vamos a ser los mismos, si los alumnos también van a ser los mismos (en cantidad y calidad), y si los medios e infraestructuras apenas varían –adaptándose–, no es disparatado preguntarse por el alcance del cambio, y tampoco preguntarse por el alcance del cambio que suponen las autoridades. ¿Persiguen realmente lo que dicen perseguir?”.

En estos momentos, las universidades españolas se encuentran sometidas a un intenso proceso de remodelación, enormemente complejo y con consecuencias de largo alcance, por lo cual los universitarios no podemos ni debemos estar ajenos a este proceso, al que, además, hay que agregar la profunda crisis económica y de valores que a comienzos de este siglo XXI dibujan un futuro incierto.

Como con acierto ha señalado el profesor Francesc de Carreras⁴⁸, “*Lo que hoy se entiende por ‘Plan Bolonia’ es, en sentido estricto, el proceso que se inició mediante una reunión en dicha ciudad de representantes de Educación de diversos Estados europeos en la que se aprobó una Declaración sobre cooperación educativa en enseñanza superior y que ha dado lugar a diversos acuerdos posteriores. Ahora bien, en el lapso de tiempo transcurrido entre la Declaración y la actualidad, casi diez años, los distintos países –entre ellos España– han realizado reformas universitarias derivadas del Plan de Bolonia junto a otras que nada tienen que ver con el mismo*”. Esto es indicativo de lo que está ocurriendo en la supuesta reforma de la Universidad española, donde se están “colando” reformas que nada tienen que ver con el modelo de Bolonia.

No todas las reformas que se están operando en las Universidades españolas, a pesar de llevar el apelativo *bolonio* lo son, ni tienen que ver con el modelo de Bolonia. Como bien señala el profesor García Amado⁴⁹, “*¿es responsable Bolonia de tanto caos y de semejante desorientación? Seguramente no. La responsabilidad hay que ponerla en las autoridades políticas, del Estado y las Comunidades Autónomas, y en las autoridades universitarias*

⁴⁸ Francesc de Carreras: “A cada uno lo suyo: las culpas propias y las culpas de Bolonia”, *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*, 4, abril, 2009.

⁴⁹ Juan Antonio García Amado: “Bolonia y la enseñanza del Derecho”, *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho*, 4, abril, 2009.

que improvisan continuamente y se dejan llevar por apresuradas consignas e intereses más que discutibles, en medio de ampulosas retóricas...”.

Como, con acierto y con sutil ironía, apuntan también Martín Rebollo y Recio Muñiz, “*bewitched, bothered and bewildered, algo así como embrujados, incómodos y desconcertados*”, dado que, plantean los autores, es así como estamos muchos universitarios de nuestra generación y aún de otras posteriores, porque “*un profesor no se improvisa. Es necesario que el joven profesor madure poco a poco antes de asumir mayores responsabilidades. Pero para que esta maduración se produzca vuelve a hacer falta dinero y unas expectativas razonables y con reglas claras de futuro*”⁵⁰, justamente y esto lo agrego yo, es lo que hoy en la Universidad española ya no tenemos.

No se me escapa el hecho de que el *Proceso de Bolonia* tiene partes positivas, y coincido con los profesores Díez-Hochleitner y Rodríguez de Santiago⁵¹ cuando apuntan que “*lo más relevante del cambio no hay que buscarlo en lo ‘que’ se enseña, sino en ‘cómo’ se enseña*”, es decir, en la *metodología docente*. La metodología es el reto, no obstante, conviene insistir que, en estos momentos en España, no todo lo que se integra como parte del *Proceso de Bolonia* resulta acorde con él y se han “adherido” otras novedades que nada tienen que ver con el proyecto *bolonio* en sí mismo. O, también, como ha señalado la profesora Paz Andrés Sáenz de Santa María, quizás sea la búsqueda de la calidad el gran acierto de este Espacio Europeo, dado que en este contexto “*la reforma que se está diseñando va a suponer cambios trascendentales porque afectará a cuestiones como la estructuración de las enseñanzas, los títulos y el propio sistema de enseñanza*”⁵²; no obstante, habrá que preguntarse si las estrechuras económicas a las que está siendo sometida la Universidad española no van a dar al traste con la tan mentada búsqueda de la calidad universitaria.

⁵⁰ Luis Martín Rebollo y Tomás Recio Muñiz: “Bewitched, bothered and bewildered”, *El Cronista del Estado Social y Democrático de Derecho, La Universidad en crisis*, octubre, 2010.

⁵¹ Javier Díez-Hochleitner y José María Rodríguez de Santiago: “El Proceso de Bolonia y los nuevos planes de estudio de Derecho”, *El Notario*, enero-febrero, 2009.

⁵² Paz Andrés Sáenz de Santa María: “El objetivo de la calidad en el Espacio Europeo de Educación Superior: una reflexión sobre la perspectiva española”, *Actas de las Vigésimas Jornadas de la AEPDIRI* (2003), Ed. B.O.E., 2005.

De todos modos, tengo para mí que no es esta la Universidad que diseñaron nuestros ancestros, inspirada en la libertad, la diversidad y la sabiduría. No nos dejemos fascinar, converjamos, sí, pero con cautela y ejerciendo la crítica, ya que, en la Universidad, que es la casa del pensamiento, como dijo Jefferson, *“una opinión equivocada puede ser tolerada, siempre que la razón tenga libertad para combatirla”*.

De ahí que, retomando a Kant⁵³, *“la crítica no se opone al proceder dogmático de la razón en su conocimiento puro como ciencia (pues ésta ha de ser siempre dogmática, es decir, estrictamente demostrativa por principios, a priori, seguros), sino al dogmatismo, es decir, a la pretensión de salir adelante sólo con un conocimiento puro por conceptos, según principios tales como la razón tiene en uso desde hace tiempo, sin informarse del modo y del derecho con que llega a ellos”*. Por ello insiste en el peligro que encierra el dogmatismo y que no debemos confundir con el proceder dogmático, ya que, agrega, *“dogmatismo es, pues, el proceder dogmático de la razón pura, pero sin previa crítica de su propia facultad”*.

Por ello no cerremos las puertas al debate académico, dado que con el uso de criterios racionales podemos atravesar el largo desierto de las indefiniciones para alcanzar el oasis de los consensos intelectuales que devienen de la capacidad de mediación y arbitrio; que tienen como instrumento certero a la inteligencia, con el fin de arribar a un buen destino sobre el pensamiento de los seres y las cosas. Como apunta el filósofo de Königsberg *“cuando una teoría tiene consistencia, las acciones y reacciones que al principio la amenazaban con grandes peligros, sirven, con el tiempo, sólo para aplanar sus asperezas; si hombres de imparcialidad, conocimiento y verdadera popularidad se ocupan de ella, proporcionándole, también, en poco tiempo, la necesaria elegancia”*⁵⁴.

TORTUOSA VOLUNTAD DE CONOCER

La universidad es la casa del conocimiento y, por tanto, se reclama de su voluntad primera, sobre cualquier otro juicio, la voluntad de conocer. No obstante, la vida nos enseña que el conocimiento es esquivo y que

⁵³ Emmanuel Kant: *cit. Crítica de la razón pura*.

⁵⁴ *Ibid, Crítica de la razón pura*.

a veces se nutre con los frutos del azar el cual, de tanto en tanto, suele burlarse de la ingenuidad de los seres humanos.

Ese *fatum* impredecible, detrás de las bambalinas de la vida, parece decidir sobre el tiempo, la vida y la hacienda de los individuos. Es ese azar caprichoso que juega con los nombres y las gentes, a manera de chanzas, como el caso curioso de que fuese un Constantino I, hijo de Helena de Constantinopla quien fundara Constantinopla y que otro también llamado Constantino XI, hijo de Elena Dragases se la entregara a los turcos; o el caso del presidente Lincoln que tenía un secretario privado que se apellidaba Kennedy y que le aconsejó que no acudiera al teatro el día que fue asesinado, al tiempo que el presidente Kennedy tenía un secretario privado apellidado Lincoln que le aconsejó que no visitara Dallas.

Resulta complejo desatar el hilo invisible que nos lleva al conocimiento y al esclarecimiento de los acontecimientos, pero, sin embargo, los seres humanos estamos inspirados, permanentemente, por esa tortuosa voluntad de conocer.

Es el pensamiento el que, al modo cartesiano, nos lleva a conocer el engaño de los sentidos sobre la fuerza del pensamiento. La cuestión se plantea en saber ¿por qué, si bien son los sentidos los que nos ponen en contacto con el mundo material y nos acercan al conocimiento de las cosas que terminamos de aceptar como verdaderas?; sin embargo, también, en el complejo análisis de lo que es y lo que existe, los sentidos nos juegan la mala pasada de que, al hacernos ver lo que existe, sin embargo, perturban el conocimiento real de lo que es.

En el apotegma cartesiano de *Cogito, ergo sum* (*Je pense, donc je suis*), hay muchas incógnitas que desvelar, pues en ella se encierra el acertijo del Ser y del Existir. Cabría pensar que la traducción más metafísica sería "*Pienso, luego Soy*" en lugar de "*Pienso, luego Existo*", dado que en el "Existir" está la percepción de los sentidos, como apuntaba antes, mientras que, por el contrario, en el "Ser" se encuentra la naturaleza de la esencia de los seres y las cosas.

Sin duda, se trata de un reto importante que deberíamos asumir los universitarios, pues se reclama de nosotros el ejercicio del pensar con la voluntad de conocer, pero el desafío que perdura en nuestras aulas,

gabinetes y laboratorios es el de no dejarnos perturbar por la apariencia del conocimiento, sino por la búsqueda de la esencia del conocimiento, el permanente conflicto de los clásicos entre la *doxa* y el *nous*.

Descartes nos señala: “Tomemos, por ejemplo, este trozo de cera que hace poco fue de la colmena. Aún no ha perdido por completo la dulzura de la miel que contenía; todavía conserva algo del olor de la colmena de donde se tomó; su color, forma y tamaño son manifiestos... Ahora bien, mientras hablo, lo acerco a la llama. Entonces, se evaporan los restos de su sabor, su olor se disipa, cambia su color, pierde su forma, su tamaño aumenta; se torna líquido y caliente; apenas se puede tocar y, si se golpea, no produce ruido alguno”; y luego agregará: “todo lo que he admitido hasta el presente como más seguro y más verdadero lo he aprendido de los sentidos o por los sentidos; ahora bien, he experimentado que a veces tales sentidos me engañan, y es prudente no fiarse nunca por entero de quienes nos han engañado alguna vez”⁵⁵.

La búsqueda del conocimiento nos lleva a percatarnos sobre la dualidad de la existencia pues, tal como apuntaba Descartes, los seres humanos no somos capaces de “distinguir el sueño de la vigilia”, como también nos lo recuerda Calderón de la Barca, “estamos en mundo tan singular, que vivir sólo es soñar, y la experiencia me enseña, que el hombre que vive sueña lo que es, hasta despertar”.

Por ello, el *Cartesius* nos sugiere que tal vez hemos sido creados por un “genio maligno” que nos obliga a engañarnos sistemáticamente y que ha dispuesto nuestra naturaleza de tal manera que creamos estar en la verdad cuando realmente estamos en el error. Error, donde el supuesto “genio”, que se me antoja un remedo del *daemon* socrático, nos ha incitado a caer, para que, no obstante, a través de la *duda metódica* y por medio de la clarividencia que nos proporciona el ejercicio de pensar, como único método que nos acerca al conocimiento y a la verdadera naturaleza de lo que somos, vayamos desbrozando la maraña de las sensaciones que ofuscan nuestro entendimiento. No en vano su *Discurso del Método* se completa en su cabecera indicando que es el “método para conducir bien la propia razón y buscar la verdad en las ciencias”⁵⁶.

⁵⁵ René Descartes, *Meditaciones metafísicas*. ed. Porrúa, México, 1990.

⁵⁶ El *Discurso del Método* (*Le Discours de la Méthode pour bien conduire la raison et chercher la vérité dans les sciences*). En una carta que René Descartes dirige a Marin Mer-

En el marco de estas ideas y llevando nuestra reflexión al ámbito universitario, resultan interesantes los argumentos de Hannah Arendt, cuando plantea tres niveles básicos de la acción humana. A saber: la interioridad de cada ser humano, su ámbito doméstico y el ámbito colectivo⁵⁷.

Para Arendt, en el primero de estos ámbitos cada ser humano experimenta su propia subjetividad, es decir, que a partir de su yo interior se construyen los otros dos ámbitos de la existencia, ya que cualquier acción compromete al actor en su totalidad. El segundo de los ámbitos, el doméstico, surge cuando la acción humana, desde lo individual, trasciende al entorno inmediato, es decir, a su hábitat doméstico y familiar y a las pequeñas comunidades a las que pertenece; un ámbito que, en cierta medida, está protegido de lo público, donde se escuda del mundo. Finalmente, el tercer ámbito, lo colectivo, lo público, es donde el individuo participa con el conjunto del interés general.

Aquí encaja con nuestro discurso aplicable al ámbito académico, pues, desde lo individual como plano de conciencia personal, a lo doméstico como primer nivel de comunicación, estamos comprometidos con el entorno, o al menos deberíamos estarlo, con el fin de aprender a engarzarnos como seres individuales en el conjunto social con la vocación de resultar útiles a la comunidad, en nuestro caso a la comunidad universitaria.

De esta manera, podemos colegir que si bien todos estos ámbitos confluyen y se interrelacionan entre sí. El primero de ellos, el de las concepciones internas, es el más importante, pues su influencia sobre los demás es edificante, siempre que parta de bases justas y sabias. La influencia de lo individual en lo doméstico y del pequeño entorno en lo general, determina el hecho de que el desarrollo de los valores fundamentales en los individuos es un punto de partida que no debe despreciarse.

senne le indica que ha titulado su trabajo con el término de Discurso y no de Tratado para poner en evidencia que no tenía con esta obra la intención de enseñar sino sólo la de hablar y comentar sobre la cuestión.

⁵⁷ Hannah Arendt, *La condición humana*, Barcelona, 1993.

Podríamos decir que “menos es más” y preguntarnos ¿en qué medida un ser humano honesto, influye en su familia y en su entorno inmediato y para nuestro ejemplo en el medio universitario, y si llega a ejercer responsabilidades superiores, de qué modo podrá incidir en la moral y la ética colectiva?

Sin duda, se trata de una pregunta axial, sobre la posibilidad de que sean seres humanos sabiamente filósofos los que logren llegar a gobernar, como sugiere Platón, en *La República* y en *Las Leyes*. Puesto que en la medida en que sean los seres humanos justos los que gobiernen todo será mejor para el Estado y para los ciudadanos y sin duda, estos preceptos vendría muy bien acoplarlos a nuestro mundo universitario.

Sin embargo, con válidas excepciones, esto no ocurre en nuestros días, pues estamos escasos de seres humanos virtuosos, en el sentido más aristotélico del término; dado que generalmente se olvida, lamentablemente, lo que apunta Séneca, de que “*la recompensa de la acción virtuosa es haberla realizado*”⁵⁸.

Llegados a este punto, cabe preguntarse de qué modo pueden llegar los individuos a sensibilizarse con el conocimiento de lo que es bueno y de lo que es justo para sí y para los demás, con el fin de convertirse en un ejemplo moral de referencia, de tal modo que, con delicadeza y persuasión, pueda llegar a influir en el medio social en el que se encuentra implicado.

Claro está, que la pregunta que surge es de saber en qué medida es el individuo aislado o en comunidad el que puede alcanzar las cotas más elevadas de la especulación intelectual. Es, acaso, la soledad del corredor de fondo en su introspección interior la que le lleva a percatarse sobre su función y responsabilidad social o es en el conjunto del pelotón donde se arroja con la fuerza del grupo para conocer la importancia de lo solidario.

Cuando en 1671, en Oxford, Eduardo Pococke, publica la traducción latina del texto árabe *El filósofo autodidacto*⁵⁹ del pensador sufí Ibn Tufayl,

⁵⁸ Seneca, *Epístolas morales a Lucilio*, (“*Recte facti, fecisse merces est*”, 81,19) Gredos, Madrid, 1986-89.

⁵⁹ Ibn Tufayl, “*Philosophus autodidactus, sive Epistola Abi Faafar ebn Tophail de Hai ebn Yokdhan, in qua ostenditur, quomodo ex Inferiorum contemplatione ad Superiorum noti-*

estaba colocando una cuña muy sugestiva sobre esta reflexión, que nos permite analizar el sinuoso camino del conocimiento. Al enfrentar a dos personajes, uno, *Hayy Ibn Yaqzan*, que llega al conocimiento de sí mismo a través de la soledad y el aislamiento y sin ayuda exterior y el otro, *Asal y Salaman*, un místico especulativo perteneciente a escuelas de formación; se encuentra con que, por diferentes caminos, ambos llegan a las mismas conclusiones, señalando de este modo los innumerables circuitos del saber, donde el primero intuye y el segundo razona.

Mas el drama profundo de la obra se presenta cuando ambos filósofos, al ver que por diferentes caminos han llegado a las mismas conclusiones, intentan, entonces, transmitir estos misterios del conocimiento, procurando orientar hacia un camino de dicha y felicidad a otros seres humanos. Los dos sabios ascetas ven fracasar sus intenciones ante la incompreensión de las gentes y Tufayl ironiza sobre esos “*murciélagos a quienes el sol hiere los ojos*”, y pone en las reflexiones de los anacoretas que si bien “*todos los seres humanos están dotados de un natural excelente, de una inteligencia penetrante, de un ánimo resuelto (...), lo que había aprendido por vía de la experiencia, era lo estúpidos, imperfectos, faltos de juicio e inconstantes que son los seres humanos*”⁶⁰.

Esta obra, que ha servido de inspiración al *Criticón* de Baltasar Gracián y que también tiene reflejos en el *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe, nos introduce en la disyuntiva del conocimiento especulativo y el conocimiento académico, en la indicación orientativa de que el uso certero de la inteligencia nos lleva a los mismos resultados en la búsqueda del conocimiento, queriendo señalar que en el esfuerzo de la investigación no debemos despreciar ningún sendero. Por otra parte, la indagación de los misterios de la naturaleza y de sus seres resulta ser un camino extraño y singular, incluso inesperado, según los derroteros que tomemos y que toda pesquisa, ya sea individual o colectiva, nos depara casi siempre sorpresas y nos proyecta a una especie de *serendipia*⁶¹, que

titam Ratio humana ascendere possit”. Ver el texto en español en ed. Publicaciones de las Escuelas de Estudios Árabes de Madrid y Granada, 1948.

⁶⁰ *Ibid*, *El filósofo autodidacto*.; “*son como las bestias y aún más extraviados que ellas del buen camino*”, Madrid y Granada, 1948.

⁶¹ El término *serendipia* proviene del anglosajón *serendipity* y que fue acuñado por Horace Walpole en 1754 basándose en el cuento oriental “*Los tres príncipes de Serendip*” que aparece en el libro de poemas “*Ocho Paraísos*” de Amir Kushrau (1302), que luego será traducido en Venecia por Michele Tramezzino (1557) y que servirá de inspiración a

nos permite encontrar algo que no buscábamos, pero que nos resulta de interés, cuando en realidad estábamos buscando otra cosa; hasta tal punto es irónico el destino de los investigadores.

Estas son las puyas y sarcasmos que nos juega el ejercicio de indagar y debemos aprender, en nuestro hábitat universitario, a trabajar con todos los instrumentos que nos brinda la ciencia, realizando sinergias, buscando la crítica constructiva, uniendo lo uno y lo otro, buscando el futuro, pero sin despreciar el pasado, sin convertirnos en *talibanes* intelectuales, que no admitamos más que nuestras teorías con desprecio manifiesto del otro, pues, como dice el filósofo Emmanuel Levinas, “*yo no soy el otro, pero no puedo ser sin el otro*”. No nos vaya a suceder, por citar un ejemplo sangrante, lo que le hicieron a Nikolas Tesla, una de las mentes más brillantes de los siglos XIX y XX, cuando sus colegas y la ciencia a la carta del momento, se empeñaron en negarle la invención de la radio, entre otros descubrimientos⁶², hasta que en 1943, la Corte Suprema de los Estados Unidos no tuvo más remedio que acreditarle como el indiscutible inventor de la tecnología radiofónica.

Deberíamos evitar que esto siguiese sucediendo, que este oscurantismo intelectual, que no es ciencia, y mucho menos conocimiento o sabiduría, prevalezca sobre la tolerancia, pero sucede y nuestro *ayuntamiento de maestros y escolares* no logra aún alcanzar la propuesta, que ya en el siglo XIII se nos planteara en las Partidas del Rey sabio, del *entendimiento de aprender los saberes* y, sin embargo, en pleno siglo XXI seguimos en la Universidad con *las guerras de religiones* que no han hecho más que obturar la buena circulación del pensamiento⁶³.

Walpole para indicar, con este neologismo, cómo los tres príncipes de Serendip van resolviendo sus problemas a base de aparentes casualidades.

⁶² A Nikolás Tesla se le pueden atribuir los primeros pasos sobre el electromagnetismo, la ingeniería electromagnética, la corriente alterna, el motor asíncrono, el campo magnético rotativo, la tecnología inalámbrica, la robótica, el control remoto, el radar, la balística, la física nuclear y, por supuesto, la radio, por las que fue denostado por sus colegas, de entre ellos el propio Edison.

⁶³ Resulta tristemente irónico, pero parece que la libre circulación, ya sea del pensamiento, de las ideas... o incluso de la sangre (!) no cae bien a los dogmáticos de turno, tal como le ocurrió a Miguel Servet cuando habló de la circulación pulmonar y algunas otras teorías de corte teológico que le llevaron a la hoguera por orden de Calvino. Frente a lo cual el teólogo francés Sébastien Châteillon (Sebastián Castellion) en su obra *Contra*

No abortemos la búsqueda del conocimiento, más allá de lo serpentinos o retorcidos que puedan ser sus caminos, pues ésta es una de las funciones sustanciales de la universidad y, por sobre todas las cosas, respetar a aquellos y aquellas que van abriendo nuevas vías al saber por más extravagantes que puedan resultarnos.

LA RECURRENTE NOSTALGIA DE LAS IDEAS

Como bien nos apunta Platón en el *Fedón*⁶⁴, el mundo de las ideas es el verdadero plano de lo inteligible, frente al mundo sensible o material, pues en aquél se encierran los arquetipos de las ideas primordiales que, al reflejarse en el mundo sensible, generan los pensamientos de los humanos y su reflejo en las cosas, como plasmación imperfecta de la Realidad que constituyen aquellos arquetipos.

Si la universidad es pensamiento, entonces los universitarios deberíamos permanecer estables en el esfuerzo de cavilar, con la intención, ya sea fallida o no, de alcanzar los planos más sutiles de las ideas que conforman la realidad de las cosas. Como el buen alfarero que piensa primero su obra y la plasma luego en el barro sacrificial, recreando las formas que imaginó con su mente.

Nuestro entorno universitario debería ser el caldo de cultivo apropiado para reflejar estas ideas desde el plano arquetípico al ámbito del pensamiento intelectual, por lo cual el universitario debería estar inspirado por esta melancolía de los arquetipos, pues si convenimos con el ateniense, se trata de un punto de conciencia inteligible en el que no se predica la alteración permanente que afecta al plano sensible y, por tanto, resulta un contorno apropiado para el ejercicio del pensamiento; del que no se nos escapa que es harto difícil su captación, pero que debería ser acicate permanente de nuestros nostálgicos desvelos como seres humanos y, sin duda, como universitarios.

Libellum Calvinii (1612) apuntó que “matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre. Cuando los ginebrinos ejecutaron a Servet, no defendieron una doctrina, simplemente mataron a un hombre”.

⁶⁴ Platón, *Fedón*, Ed. Aguilar, Madrid, 1974.

Aquí nos topamos con la disyuntiva entre las cosas y la imagen que nos hacemos de las cosas, algo muy apropiado del quehacer universitario donde polemizamos entre la opinión que tenemos de las cosas y lo que las cosas son en sí, por otra parte sumamente interesante en la medida en que la universidad es, por esencia, la “*Casa de la dialéctica*”.

Este adiestramiento epistemológico resulta ser también la marca de identidad de todo proceso cognitivo en el que cada uno se esfuerza por alcanzar el *Kósmos Noetós* del que se nutren las ideas y los arquetipos. Por tanto, a través de la descripción de lo que percibimos generamos el laberinto de las opiniones, de la *Doxa*, que constituye la fuente de las “*creencias*”, pero no del “*conocimiento*” que resulta, por el contrario, del entendimiento, es decir de la labor de la inteligencia y del trabajo de la *Dianoia*, que se nutre en la dialéctica, y que por medio de la razón discursiva nos permite acceder desde el plano de los acertijos y las creencias al plano de las conclusiones y los descubrimientos.

Es ese sabor reminiscente, que posee la nostalgia, el que nos convoca a nuevas aventuras intelectuales en la búsqueda de las fórmulas más apropiadas para alcanzar, si es que esto es posible, la Sabiduría, a través de los pequeños pasos que marcan nuestro sendero epistémico en el yunque cotidiano de nuestros trabajos universitarios.

Como nos apunta Ortega, en su archiconocida obra *La misión de la Universidad*, “*no podemos vivir humanamente sin ideas*”⁶⁵, pues nos indica que la vida es un caos, una selva salvaje, una confusión y que el ser humano se pierde en ella; pero, “*su mente reacciona ante esa sensación de naufragio y perdimiento: trabaja para encontrar en la selva ‘vías’, ‘caminos’; es decir, ideas claras y firmes sobre el Universo, convicciones positivas sobre lo que son las cosas y el mundo*” y agrega más adelante, “*somos nuestras ideas*”.

Sin duda la Universidad es un reto de esfuerzo y confianza en la inteligencia, pero, como nos advierte Plotino, todos los seres humanos, en cuanto nacen, se valen de la sensación antes que de la inteligencia y, por tanto, las cosas sensibles son las primeras en las que se fijan, con el peligro de que “*algunos de ellos se quedan ahí toda su vida, reputando las*

⁶⁵ José Ortega y Gasset, *La misión de la Universidad*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1976.

*cosas sensibles por primeras y únicas*⁶⁶. Sin embargo, para el filósofo cabe un modo de alcanzar el atajo que nos lleve a superar el plano de las meras sensaciones con el fin de alcanzar el sutil plano donde seamos capaces de *intellegere*, es decir, donde seamos capaces de separar el grano de la paja y nos habla de que para arribar a esa región podrá hacerlo “*aquel que sea enamorado por naturaleza (...) y que sienta, a fuer de enamorado, dolores de parto a la vista de la belleza*”⁶⁷. Obviamente, se refiere a un éxtasis de amor sublime, el mismo que con tanta fuerza nos lo describe San Juan de la Cruz en su *Cántico espiritual* cuando dice “*gocemos, amado, y vámonos a ver en tu hermosura al monte o al collado, do mana el agua pura, entremos más adentro en la espesura*”.

En nuestros claustros universitarios debemos fomentar ese amor por lo sublime, esa nostalgia por alcanzar los arquetipos, esa voluntad férrea por sacarle alas a los muñones del pensamiento y no contentarnos con beber en las acequias del conocimiento, sino, como nos recuerda el carmelita, “*do mana el agua pura*”.

Estas reflexiones no son mera elucubración intelectual o al menos no deberían serlo, sino, por el contrario, una llamada de atención para que, en este cenobio del pensamiento que son las universidades, hagamos una seria llamada al esmero; con el fin de combatir cualquier deriva hacia la frivolidad y banalización de nuestros saberes, con la idea de cambiar el rumbo incierto, en que podemos caer si no estamos atentos, y poder dirigir a nuestros estudiantes hacia metas más sólidas de conocimiento y cavilación.

Un antiguo texto hermético, atribuido a Hermes Trimegistro, el *Kybalión*, nos indica que “*la raíz del Universo es mental*” y lo traigo a colación porque deseo con ello resaltar la importancia del pensamiento y, por tanto, de la inteligencia que consustancia el pensar. Las formas tienen lugar, cuando, como en el ejemplo del alfarero, son pensadas por la inteligencia. Por tanto, volviendo a Plotino y a las Ideas, asevera que la intelección, como acción y efecto de entender, tiene a la razón como anterior a dicha intelección, por tanto cada Idea no podría ser distinta

⁶⁶ Plotino, *Las Enéadas*, Enéada V (Trat.V.9/5, *Sobre la inteligencia, las ideas y el Ser*), ed. Gredos, Madrid, 1998.

⁶⁷ *Ibid*, *Las Enéadas*.

de la inteligencia, “sino que cada una es inteligencia y, así, la Inteligencia total es todas las Formas, pero cada Forma particular es una Inteligencia particular, del mismo modo que la ciencia total es todos los teoremas, pero cada teorema particular es una parte de la ciencia total”⁶⁸.

Esto nos lleva a reflexionar con el matemático Kurt Gödel, de quien Einstein decía que acudía al *Instituto de Estudios Avanzados* de la Universidad de Princeton, sólo “para tener el honor de volver caminando a casa con Gödel”⁶⁹. Éste, con la aplicación de su lógica de corte platónico se acerca a las ideas de Plotino en el ámbito de su *teorema de la incompletitud*, ante la idea de un universo construible. Amparándose en la teoría de los conjuntos, indicaba que los únicos conjuntos que existen son aquellos que pueden construirse a partir de conjuntos más simples. Se trata, pues, de un universo paradójico, que reivindica el mundo de las ideas puras, no en vano, a este *Instituto* de la Universidad de Princeton, se le denominaba de la *Reine Vernunft* (de la razón pura), pues como el propio Gödel afirmaba, “todo error obedece a factores externos, tales como la emoción y la educación, la razón por sí sola no yerra”⁷⁰.

Esta es la nostalgia que reclamo para nuestras universidades, la de las ideas, la de los arquetipos, de la *Reine Vernunft*, la de la *Razón pura*.

Este es el pequeño esfuerzo que solicitamos de nuestros colegas, una Universidad cerrada, sofocada por el *campanilismo*⁷¹, no nos va a llevar a ninguna parte, por lo que tendremos que abrir nuestras mentes si queremos progresar, forzando nuestra inteligencia para poder mirar desde otras perspectivas, pues como señala el maestro de las *Cien Escuelas del Pensamiento*, el taoísta Chuang Tse, en la China en el siglo IV antes de nuestra era, “¿cómo podré hablar del mar con la rana, si no ha salido de su charca?”.

⁶⁸ *Ibid*, *Las Enéadas*.

⁶⁹ Se recoge la cita “*um das Privileg zu haben, mit Gödel zu Fuss nach Hause gehen zu dürfen*” en una carta privada del economista Oskar Morgenstern; *vid.* en *Gödel, paradoja y vida* de Rebecca Golstein, ed. Antoni Bosch, Barcelona, 2005.

⁷⁰ Citado en *Gödel, paradoja y vida* de Rebecca Golstein, *Op. cit.*

⁷¹ *Campanilismo*, ese término de origen italiano porque se refiere a “mirar el mundo desde la campana del pueblo” sin mayores miras más allá del horizonte, un modo de hablar del *ombliguismo*, esa incapacidad de ver desde otra perspectiva que no sea la propia.

CONJURANDO AL MINOTAURO

Existe una antigua chanza que nos habla de que en el origen de los tiempos la Divinidad y el Diablo combatían por la supremacía en el juego constante de la dualidad de todas las cosas. Fue así, nos cuentan, como Dios creó la belleza, entonces el Maligno creó la fealdad. Viendo esto, el gran Arquitecto del Universo comenzó a crear el amor, la bondad, la justicia..., a lo que el Demonio puso en marcha el desamor, la maldad, la injusticia... Ya sin saber que hacer el Creador pensó y pensó en algo inconmensurable por su inteligencia, su ecuanimidad, su voluntad de saber, su inegoísmo y fue entonces cuando, en una idea luminosa, creo ¡al profesor y a la profesora de Universidad! A todo esto el Siniestro, se sintió realmente acorralado, pues consideraba que no existía contraparte a tanta belleza..., entonces, caviló y caviló y, finalmente, encontró la solución...y creó ¡al colega!

Llegados a este punto conviene preguntarnos de qué modo podemos desenhebrar el hilo de Ariadna que nos permita salir airosos del Laberinto⁷², en este caso universitario y, como en el antiguo mito, conjurar al Minotauro, no vaya a ocurrirnos que perdamos el norte, como nos advierte Borges en su poema el *Hilo de la fábula*, “...el hilo se ha perdido; el laberinto se ha perdido también. Ahora ni siquiera sabemos si nos rodea un laberinto, un secreto cosmos, o un cosmos azaroso; nuestro hermoso deber es imaginar que hay un laberinto y un hilo...”. Como el mítico Teseo, avanzar por la oscuridad de sus contradictorios pasillos, de arquitectura hostil, para hollar con pasos firmes, pero proteicos, hasta el simbólico final, donde el héroe y el monstruo se sublimen en un abrazo sacrificial que les libere a ambos. Un abrazo entre colegas.

Parece evidente que la Universidad del siglo XXI deberá tener nuevos perfiles, pues sería ingenuo e incluso peligroso para la evolución de las ideas que nos anclásemos en el pasado, como el refugio de los timoratos que temen avanzar hacia nuevas tendencias, pero la experiencia me dicta

⁷² El término Laberinto, derivada de *labyrinthos*, posiblemente relacionado con el vocablo *labrys*, el hacha de doble filo con que se simbolizaba el poder en Creta, y en el que sería encerrado el Minotauro, fruto de los amores zoofílicos de Persífae con el Toro que Poseidón había regalado a su esposo Minos y al que se sacrificaban catorce adolescentes cada nueve años, hasta la llegada de Teseo, que con ayuda de Ariadna, hija de Minos, puede acabar con la tragedia, tal como se recoge el mito en la *Biblioteca mitológica* de Apolodoro.

que una coherente galvanización de tradición y modernidad debería inspirarnos para nutrir las nuevas corrientes del pensamiento universitario y del modelo que queremos de estas Casas de Altos Estudios.

Los universitarios deberíamos precavernos de los dogmatismos extremistas que nos lleven por la peligrosa senda de denostar tanto a los métodos tradicionales como a la moderna pedagogía. Incluso, cuando en reflexiones anteriores advertía sobre el peligro de dejarnos arrastrar por la dinámica de los mercados, en modo alguno pretendía despreciar el hecho de la búsqueda legítima de nuestro alumnado por encontrar un lugar en su quehacer profesional. Los docentes debemos brindarles los conocimientos que les permitan acceder y triunfar en el mercado laboral. Sin embargo, ello no nos debe confundir, y debemos tener presente que la universidad también debe formarlos para la vida, no sólo como profesionales, sino, también y yo diría sobre todo, como ciudadanos con valores éticos y estéticos.

Coincido con Francisco Sosa Wagner, cuando recoge la idea de que *“la polémica entre el ‘mercado’ y el ‘servicio público’, tan viva y tan desenfocada por los extremismos, no puede resolverse sino con ecuanimidad, en una sabia combinación de ambas concepciones”*⁷³; y como más adelante él mismo apunta, *“vivimos un mundo inquietante, con demasiadas incógnitas, un mundo en el que muchas convicciones se empiezan a desmoronar y otras han de ser repensadas, pero una cosa parece clara: el desarrollo y la calidad de vida de un país, su capacidad de innovación sin la cual la postración es segura, dependen de su nivel cultural y científico que, a su vez, es dependiente del valor de su enseñanza superior”*, e insiste, *“...si al principio de nuestra tradición hacia la democracia, nos quedamos arrullados soñando con una Universidad autónoma y democrática, lo cierto es que al despertarnos, hemos advertido que lo que tenemos entre las manos es un artefacto gremial y lugareño”*⁷⁴. Por mi parte agrego, no nos vaya a pasar como en el microrrelato de Augusto Monterroso, *“Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí”*⁷⁵.

⁷³ Citando a Martin Doerry y Joachim Mohr, *Die Bildungsoffensive*, en Francisco Sosa Wagner, *El Mito de la Autonomía Universitaria*, Editorial Thomson-Civitas, Cuadernos Civitas, Madrid, 2004, p.165.

⁷⁴ Francisco Sosa Wagner, *El Mito de la Autonomía Universitaria*.

⁷⁵ *El Dinosaurio* de Augusto Monterroso, publicado en 1959 como parte del libro *Obras completas y otros cuentos* y se le consideró como uno de los relatos más cortos escritos en lengua española, hasta la publicación del *El emigrante* de Luis Felipe Lomelí.

La figura venerable de los Maestros, aquilatada por años de docencia, de investigación y de gestión universitaria, no puede asimilarse al profesor o a la profesora acreditada por la *Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA)*, ya que se puede evaluar la competitividad, pero no se puede tasar la sabiduría. Lo digo desde la experiencia de más de cuarenta años de universidad, lo siento, no hay transfusión posible.

No quiero decir con ello que todo modelo pasado fuese mejor, sino, que determinadas categorías que se han acrisolado por siglos de experiencia no deberían ser olvidadas. Nos estamos equivocando, pues al mercantilizar la universidad como si de un mercado se tratara, donde, como en una lonja de productos evaluamos las supuestas capacidades según las cotizaciones que nos exigen los mercados, la estamos degradando a cotas que no se merece. Cuando nos hayamos percatado del dislate, habremos perdido años de la verdadera excelencia universitaria y varias generaciones de profesores y alumnado que no se habrán formado con la profundidad que reclama el verdadero conocimiento. No pretendo ser escatológico, nada más lejos de mi intención, pero si procuro convocar a la reflexión.

Me resisto a pensar en el travestismo intelectual que en manos del *darwinismo* social nos lleve a considerar, como señalaba Charles Darwin, que “*no es la más fuerte de las especies la que sobrevive, tampoco es el más inteligente el que sobrevive, sino aquel que es más adaptable al cambio*”. Lo digo porque la excesiva adaptación al medio, genera un *chaqueterismo*⁷⁶ intelectual que encuentro que no es ni ético ni estético. Sin embargo, ello no es óbice para que los universitarios sepamos progresar al ritmo de los tiempos, pero para ello debemos ser capaces de progresar sin dejar de ser. Coincido con Alejandro Nieto, cuando señala en su interesante trabajo *La Tribu Universitaria*, (y aunque se refiere a los catedráticos podríamos adaptarlo a todo el gremio en general), que “*el catedrático es un animal poco dotado para la adaptación, puesto que siempre ha vivido arropado en un nicho ecológico favorable, del que no le gusta salir. De aquí el peligro que para él representa una alteración sustancial de su medio ambiente*” y esto es preocupante porque “*es casi inimaginable que los catedráticos cierren filas en su defensa. Porque su fragmentación tipológica y su insolidaridad real tienen mucha más fuerza que las tendencias centrípetas*

⁷⁶ Como señala el Diccionario de la Real Academia Española, “*chaquetero*” “*es la persona que cambia de causa o partido por pura conveniencia*”.

*corporativas y que los verbalismos de evanescente 'espíritu universitario'*⁷⁷. Y, si de fauna universitaria estamos hablando, tendremos que recurrir al *De Bestiis Universitatis* de Sixto Sánchez Lorenzo en el cual hace un detallado, divertido e irónico estudio del animalario intelectual, pero al final de la obra nos relata que la Universidad “*como tal alberga las especies más detestables junto a las más virtuosas, pues –no debe olvidarse– la Universidad esconde el saber; y si es detestable porque lo esconde, resulta atractiva pues lo posee*”⁷⁸.

Por tanto, como parte integrante que soy de este *animalario intelectual*, no niego la necesidad de progresar con los tiempos, todo lo contrario, pero si, de estar alerta para no convertirnos en marionetas de las veleidades de cada Ministro de Educación que, olvidando el respeto a la autonomía universitaria, pretenda resultar más original que el Ministro anterior y corte el árbol por el tronco, en lugar de podar sus ramas, despreciando, generalmente, la fuerza tutelar de la tradición universitaria y de su secular independencia.

Les guste o no les guste a los políticos de turno, como muy bien ha señalado Ekkehart Krippendorff, en sus reflexiones sobre “*La idea de la universidad*”⁷⁹, “*la historia europea no puede prescindir de las universidades, más bien hay buenas razones, buenísimas, para afirmar que la universidad es la única institución cultural de la que Europa, frente a la historia de la cultura mundial, puede estar orgullosa de haber generado*”; ya que el resto de las instituciones europeas fueron impuestas durante el siglo XVI “*con el fuego y con la espada*”, en cambio, la universidad se basó en un ayuntamiento voluntario y agrega que con estas mimbres se forjó un modelo que “*dio nacimiento a una comunidad de profesores y alumnos que se gestiona a sí misma, libre de las indicaciones o de los intereses del poder y que generaba la movilidad más allá de las fronteras nacionales, dando lugar a una comunidad internacional donde la calidad de la enseñanza, la reputación del profesorado, y el grado de autonomía, determinaban la elección de ir, como alumno o profesor, a una u*

⁷⁷ Alejandro Nieto, *La tribu universitaria, fenomenología de los catedráticos de la Universidad española*, Ed. Tecnos, Madrid, 1984.

⁷⁸ Sixto Sánchez Lorenzo, *De Bestiis Universitatis (esos tipos universitarios...)*, con prólogo de Andrés Sopena, Ed. Dikinson. Madrid, 2003.

⁷⁹ Ekkehart Krippendorff, “La idea de la universidad”, en *Die Kultur des Politischen*, ed. Kadmos, Berlin, 2009, p. 105-113 (Publicada por primera vez en la *Revista Prokla* nº 104 de septiembre de 1996).

otra ciudad". Todo ello dio lugar al modelo universitario que podríamos calificar como una "*república de docentes y discentes*".

Los escritos de Krippendorff nos llevan a reflexionar sobre la necesidad de realizar una reconquista de la universidad como un espacio vital, como un campo de experimento del pensamiento creativo en libertad, una toma en serio de la autonomía universitaria y la puesta a punto de una institución que se ponga al servicio de la sociedad. Por tanto, se hace necesario un debate, un discurso serio sobre la idea de la universidad, frente a los recortes dramáticos que nos llevan inexorablemente hacia la mediocridad y a producir una generación de profesores desencantados que difunden, en el mejor de los casos, lo que Krippendorff ha llamado un "*aburrimiento inteligente*", y apunta, con una visión que parece diseñada para el momento difícil que estamos viviendo, cuando nos dice que "*como si fuera una astucia de la razón disfrazada de insensatez, el hecho de que los recortes bárbaros y ciegos de los presupuestos universitarios por parte de una clase política tarda y enemiga de la intelectualidad y de sus ayudantes burocráticos, nos obliguen a defender y justificar esta institución*"⁸⁰.

Si la universidad acepta, como está ocurriendo en muchos sitios, estos recortes y debilita su autonomía "*perderá su identidad histórica, intelectual y ética (...), dado que la universidad tiene fundamentalmente una función cultural y sólo secundariamente una función de preparar para el trabajo*", que no se nos escape que su autodefinición más antigua era, como ya hemos apuntado, *universitas magistrorum et scholarum* y como tal ofrecía los *studia generalia*, es decir los estudios generales, el aprendizaje de los métodos científicos y por tanto, "*sin el recuerdo de un 'studium generale' la universidad muere*"⁸¹.

En su obra *Universidad, ciudadanos y nómadas*⁸², el profesor Víctor Pérez Díaz nos refiere que la Universidad debería ser una comunidad de gentes inquietas, que al estilo nómada estén dispuestos a avanzar hacia nuevos horizontes, que requiere del sustrato de una sociedad civil que es la que nutre a la institución universitaria y que, en lo posible estemos hablando de una "*sociedad buena o que trate de serlo*" y reivindica una Universidad que se convierta en el "*hogar de comunidades de gentes*".

⁸⁰ *Ibid.* Ekkehart Krippendorff, "La idea de la universidad".

⁸¹ *Ibid.* Ekkehart Krippendorff, "La idea de la universidad".

⁸² Víctor Pérez Díaz, *Universidad, ciudadanos y nómadas*, ed. Nobel, Oviedo, 2010.

libres en busca de la verdad”, una verdad omnicomprendiva. Para ello, reclama un retorno a la aventura universitaria que se inspire en la luz de las experiencias arquetípicas de los ciudadanos y de los nómadas, ya que, “*hoy, más que nunca, en estos tiempos de globalización y de sociedades obsesas por las utilidades prácticas y, desconcertadas en el seno de debates interminables, se necesita un retorno a los orígenes*”.

Las universidades, en un mundo globalizado como el nuestro, deberían constituirse en un ejemplo y modelo de Ética Universal que estuviera más allá de las trochas angostas de cada momento histórico o cada región particular, unos modelos de comportamiento generalizado que buscaran alcanzar el respeto de la dignidad humana.

Como bien nos señala Aristóteles, en *Ética a Nicómaco*, los seres humanos buscan la felicidad, pero cabe preguntarse, entonces, cómo alcanzarla, y en este sentido a nosotros nos cuadra la pregunta de cómo merecerla en la Universidad.

El maestro del Liceo nos ilustra con acertado engarce los pasos necesarios para alcanzar su encastre. Si todo arte busca el bien, así la medicina busca la salud, la construcción naval el navío, la estrategia la victoria y así, “*de entre todos los bienes perseguidos, el más buscado por el hombre y sobre el que reina acuerdo casi unánime, aunque mucho se discute sobre su esencia, es aquel al que los espíritus selectos llaman la felicidad e identifican el vivir bien y obrar bien, con el ser feliz*”⁸³, a lo que habría que agregar que la Universidad debería tener como meta el conocimiento y la formación moral a partir del esfuerzo intelectual.

En este sentido, el filósofo agrega que la verdadera esencia de la felicidad es la posesión de la sabiduría, no obstante, para otros el bien supremo es el placer, para otros los honores, para otros la posesión de riquezas o para otros la posesión del poder, aunque estos argumentos no son suficientemente sólidos, pues se encuentran sometidos a los vaivenes de la vida. Por tanto, la felicidad debe ser algo autosuficiente, porque el bien final deberá bastarse a sí mismo.

⁸³ Aristóteles, *Ética Nicomáquea. Ética Eudemia*, Ed. Gredos, Madrid, 1978.

De tal modo, la felicidad debería ser la actividad de la parte mejor del hombre, es decir, la que utiliza la razón, por lo cual el acto de todo ser humano de bien “*es hacer todo ello bien y bellamente y según la perfección que le es propia, a partir de una actividad del alma en consorcio con el principio racional*”⁸⁴. Por tanto, la felicidad deberá ser una actividad virtuosa y habitual, ya que de los actos virtuosos los más valiosos son los duraderos y aquellos que lleven al ser humano hacia una vida dichosa y de conducta recta.

A lo que habrá que agregar, como nos indica Aristóteles en su *Libro X* de la *ética nicomáquea*, que “*si la felicidad es la actividad conforme a la virtud, es razonable pensar que ha de serlo conforme a la virtud más alta, la cual será la virtud de la parte mejor del hombre*”, es decir aquella que se deriva de la actividad contemplativa de la inteligencia. En conclusión, la felicidad consiste en la actividad de la inteligencia según la virtud que le es propia.

Se hace necesario, cuando no urgente, como seres humanos que somos, impulsar un *pensamiento crítico de especie* que determine la configuración de nuevos paradigmas que nos permitan acrecentar los valores científicos y éticos y hagan de nuestra especie un conjunto de seres más humanos, con capacidad para adaptarse a las nuevas circunstancias que exige el medio, pero sin perder la voluntad que se nutre de las raíces, pues, como un árbol, sin ellas no podríamos desarrollarnos como especie viva e inteligente. Me pregunto, entonces, si la Universidad no será el medio oportuno para desarrollar este nuevo tipo de conciencia que nos lleve al futuro.

Con todo ello, quiero señalar que en estos tiempos convulsos en los cuales nos ha tocado vivir, en nuestro ámbito universitario se hace necesario, junto a la búsqueda del conocimiento, un urgente acercamiento a la práctica de valores éticos permanentes que no sólo nos acercan hacia la felicidad, sino que, también, sirvan de ejemplo y acicate a la sociedad de nuestro entorno, como un deber básico de todo universitario; pues como apuntaba Cicerón, “*la recompensa del deber es el deber mismo*”⁸⁵.

He dicho

⁸⁴ *Ibid.* Aristóteles, *Ética Nicomáquea. Ética Eudemia*.

⁸⁵ Cicerón, *Del supremo bien y del supremo mal*, (“*Officii fructus ipsum officium est*”, 2,72) Gredos, Madrid, 1987.



Servicio de Publicaciones